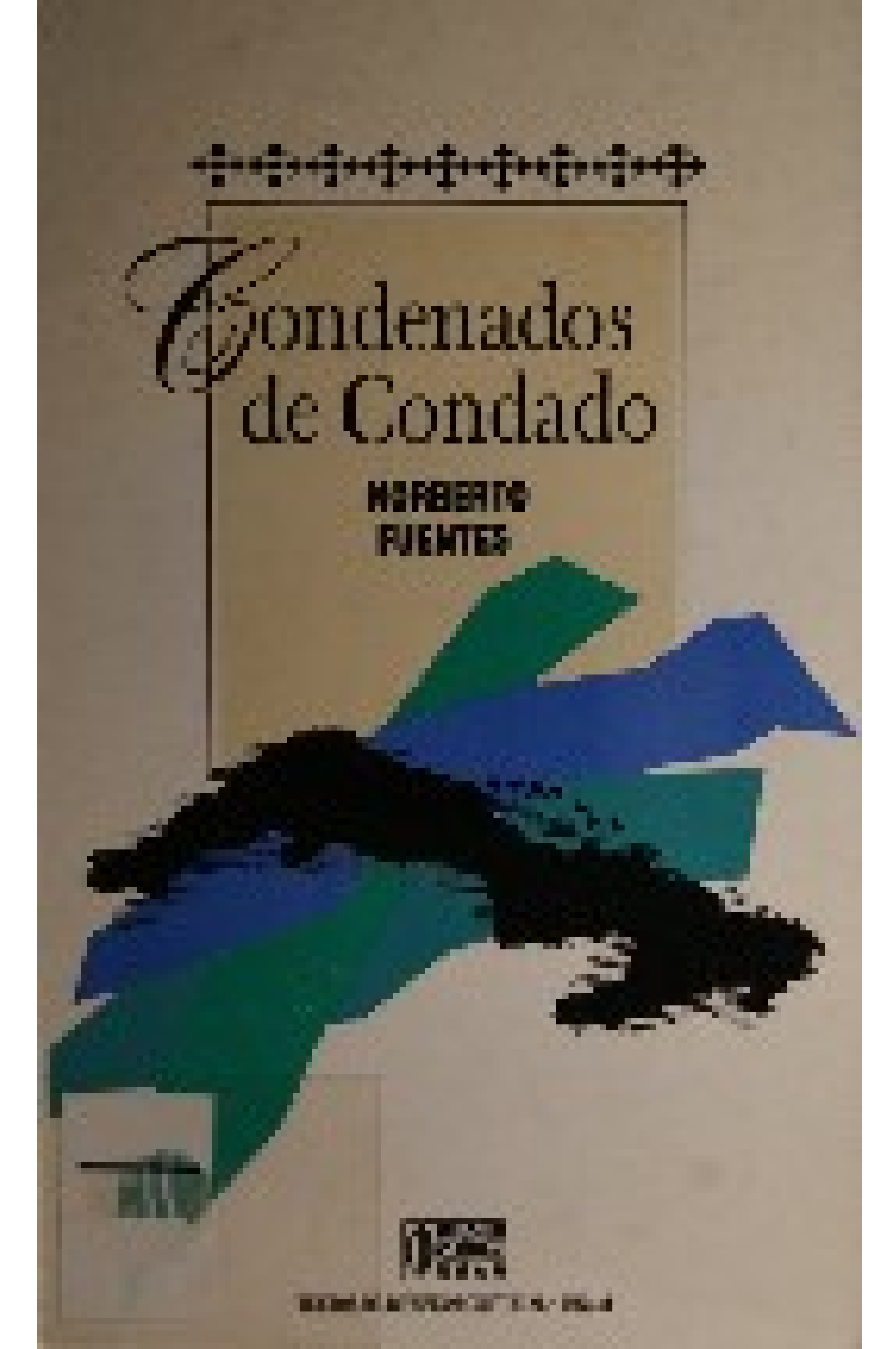

Condenados de Condado
NORBERTO FUENTES

Annotation

Este libro, que se publicó por primera vez en La Habana en 1968, fue censurado por petición de Fidel Castro bajo el pretexto de que daba una pésima imagen de la guerrilla de Cuba. Sin embargo, éstos son relatos verdaderos sobre la manera en que se desarrolló la Revolución de 1959, lo que Fidel llamaba «la lucha contra bandidos», es decir los contrarrevolucionarios: seis años de combates, miles de hombres luchando hermanos contra hermanos, bandas con trovadores que cantaban las hazañas de unos jefes que hasta el día anterior eran brutales campesinos de la cordillera y cuyos apodos eran Látigo Negro, Tita el Cagüero, El Mocho, Caralinda.

Estas son historias de hombres duros y valientes, de fusilados y de muertos en despiadados combates cuerpo a cuerpo, de viudas desconsoladas, de madres dolientes, y como en las tragedias clásicas, todo se desarrolla en un pequeño pueblo, Condado, «medio kilómetro de calle central, un cementerio y un campamento militar», en la Sierra del Escambray en el centro de Cuba, «un paraíso de sangre y de desmesura de la conducta humana».

Condenados de Condado

Norberto Fuentes

Diseño de portada: Germán Montalvo/Rogelio Rangel Saluzzo
Primera edición, 1991
ISBN: 968 - 36 - 1687 - 9

A Estrella y Norberto, esos viejos que me padecen.
A mi mujer; la tristeza.

Las narraciones que ahora vienen sólo se comprometen con mi imaginación aunque yo haya tocado esos hombres y esos muertos.

Durante siete años, desde 1960 hasta 1966, grupos de guerrillas contrarrevolucionarias se movieron y operaron en la Sierra de Escambray, región central de Cuba.

Al pie del Escambray, si se mira desde la costa sur, está el pueblo de Condado; mil habitantes, medio kilómetro de calle central, un cementerio y un campamento militar.

EL CAPITÁN DESCALZO

El campo labrado se hundía en un cañón de la montaña y lindaba con aquel maniguazo tupido donde el marabú se enlazaba con el limón y el limón con el almácigo y el almácigo con la enredadera y la enredadera con la marihuana y la marihuana con el cigüelón y el cigüelón con el cafeto y el cafeto con el marabú.

Un trillo roto a filo de machete, enlazaba el campo de labranza con la casa del Capitán Descalzo. Frente a la casa cruzaba el camino que topa en Condado. Descalzo detuvo los bueyes. Las bestias se liberaron por un instante del vocerío y el aguijón, pero ellas sabían que era sólo por un instante y por eso siguieron rumiando sus penas y sus hierbas.

Descalzo se sentó en el linde del maniguazo y la labranza. A su lado yacía el saco de la merienda, compuesta de una barra de pan criollo y el porrón de agua fresca. Descalzo comenzó a masticar el pan, empujando cada trozo con un sorbo de agua; él vestía una camisa de faena, un pantalón azul-brillo, amarrado a la cintura por una soga, y gorra de pelotero en la cabeza. Sus pies sobresalían más allá de los deshechos bajos del pantalón. Unos pies enormes, de plantas mugrientas y callosas.

—Me persiguen —dijo alguien. Descalzo echó mano por el machetín, se incorporó y le dio frente al dueño de esas palabras. Me persiguen, repitió el hombre, que sostenía un Garand y sobre la cadera derecha le pendía una pistolera.

—No soy ladrón —aseguró el hombre.

—No me gustan las cosas de gente que huye —dijo Descalzo. El hombre miró hacia atrás y arriba, hacia el lugar donde un tumulto de polvo rojo, arrancado a la tierra, se acercaba seguro, calmoso.

—Esa es la Milicia —dijo Descalzo.

—Ellos vienen por mí, pero ya no puedo más.

El hombre se sentó al lado del porrón y la barra de pan.

—¿Me regalas un pedazo de pan y un poco de agua?

—Sírvete —brindó Descalzo—. Y vete lo más rápido que puedas. No quiero perjudicar a mi familia.

El hombre vació el porrón de tres pasadas, ahogando la sed que tenía prendida en el encuentro de la lengua y la garganta. Descalzo le preguntó:

—¿Qué arma es esa?

—Una Luguer —dijo el hombre.

—¿Es buena?

—Buena cantidá.

—Pero luce un poco vieja, ¿eh?

—La manigua me la oxidó —explicó el hombre—. Así y todo me dispara bien. Es una pistola muy noble.

—Esta es el arma que a mí me gusta —dijo Descalzo, blandiendo su machete.

—¿Es un Collin?

—Sí —respondió Descalzo—, un Collin que lleva conmigo más de diez años.

—Déjeme ver la marca de fábrica —pidió el hombre. Descalzo le entregó el machete y él revisó abajo de la empuñadura, en el lugar que grabaron el gallo y las siglas del industrial: COLLIN.

—No cabe duda, es un Collin —y le devolvió el machete a Descalzo—. Cuide ese machete, que es el de mejor calidad, el de mejor acero.

—¡No digo yo! —exclamó Descalzo.

El hombre dividió la barra de pan y Descalzo le recorrió el filo sobre las venas de la muñeca, abriéndole el paso a la sangre, que fue arrastrándose hasta la palma de la mano y enchumbando la masa de pan.

—Oiga, ¿por qué usté me hace esto? —preguntó el hombre.

Descalzo dio un golpe preciso y el machete se encajó en la culata del Garand que el hombre sostenía sobre los muslos. La mano cayó sobre la tierra, sujetando el pedazo de pan. El hombre quiso recoger su mano, pero un nuevo machetazo, esta vez en la nuca, hizo que el grito del hombre se ahogara en borbotones de sangre que se coagularon en la boca.

Descalzo recogió el Garand y la Luguer, llegó a su casa, entrando por la puerta de la cocina, regañando a los hijos que correteaban por la casa, dejando las armas sobre su cama y saliendo al portal en el momento en que la caravana se detenía frente a sus ojos.

Del primer jeep se apeó Bunder Pacheco. Los soldados esperaron sentados en sus vehículos.

—¿Cómo anda ese Capitán Descalzo? —saludó Bunder Pacheco.

—Ahí me ve, comandante. —Descalzo se consiguió dos taburetes y los trajo hasta el portal. Se sentaron.

—¿Qué cosas tiene que contarme, Capitán?

—Ando muy mal en estos días, muy triste —respondió—. La mujer se fue y me dejó con esta docena de muchachos.

—Eso me dijeron, Capitán.

—Yo le pedí a la muerte que no lo hiciera, pero ya usted sabe lo terca que es ella.

—No me gusta verlo así, Capitán.

—Se la llevó de todas maneras.

—Ahora yo también me pongo triste, Capitán.

—No se preocupe por mí, comandante. ¿Quiere una taza de café?

—Si me la brindara...

Descalzo llamó a uno de los muchachos y le dijo que hiciera calé.

—¿Y cómo anda en el trabajo?

—No se anda muy bien, ¿sabe? El maíz ha venido malo con esta seca y el café tiene el precio muy bajo. No, no ando muy bien. Además, ya estoy viejo

y los surcos no me salen rectos.

—Oiga, Capitán, ¿por qué no se va para la Baña? Usted sabe que allá tiene casa, automóvil y sueldo.

—No puedo, comandante, no puedo. Ya usted sabe como son las cosas. El reglamento dice que el uso de las botas es obligatorio. Y así yo no puedo estar en ningún lado. Espéreme un momento para que vea —y se levantó del taburete, entró en la casa, y al rato regresó con un par de botas en la mano.

—¿No las ve? Están nuevas de paquete, iguales que cuando me las dieron hace seis años. Pero por mucho que intento, no puedo andar con zapatos. No sé, me sucede algo así como si me faltara la respiración.

Bunder Pacheco sonrió.

—No se ría, no se ría. Yo le aseguro a usted que estos son los mejores zapatos que existen —y mostró sus enormes pies—. El día que se me rompan éstos, ya no voy a necesitar más.

El muchacho trajo un café recalentado; después de apurarlo, Bunder Pacheco se levantó y fue a despedirse.

—¿Se retira, comandante?

—Sí, Capitán. Estamos de operaciones y los soldados esperan.

—No hay por qué apurarse —afirmó Descalzo—. ¿A quién buscan con tanto desespero?

—Andamos atrás del Magua Tondike, que ayer lo vieron por esta zona.

—Ah —se asombró Descalzo—. ¿Y usted no tendrá un tabaquito disponible?

Bunder Pacheco buscó en los bolsillos y halló dos tabacos. Se los dio a Descalzo.

—Bueno, Capitán, tengo que irme.

—No hay apuro, no hay apuro —repitió Descalzo— Yo le digo a usted que no hay apuro, porque se me ocurre que Magua Tondike está echándose a perder bajo el sol de mi labranza.

EL MARCADO

Ya no tenía olor porque se había bañado. Ese olor del bandido, esa fusión de tela húmeda, sudor de cuero vivo, hierba machucada y óxido de armas. Pero conservaba las marcas imperceptibles perdidas entre los poros de la muñeca, profundas, insistentes, rojas, con las partículas de tierra y sai incrustadas, hechas por el monte que ha sonado en el puño de la camisa y después en contra de la piel con toda la furia de las espinas, el sol y las rocas.

Quise ser amable: ¿quieres un cigarro?, y puse la cajetilla sobre el escritorio. Yo tengo de los míos, me dijo y mostró una cajetilla con media docena de cigarros gruesos como un dedo. Estos son más fuertes, son rompe-pechos y me gustan más.

Con un solo fósforo prendimos su rompe-pecho y mi superfinos. Entonces, dime tu nombre completo.

—¿Lo quiere de nuevo? Ya lo dije en las actas anteriores .

—Eso no importa. Dime tu nombre completo.

—Claudio Garate Guzmán.

Yo anoté en el block: Claudio Garate Guzmán. Y Claudio siguió el trazo de mi portaminas.

—Señor, ¿para qué me llamó?

—Dime el tiempo que estuviste de alzado.

—Dieciséis meses, sí, cosa de dieciséis meses.

—Tú participaste en la ofensiva de Tomás San Gil.

—No, señor, yo no tengo que ver con esa ofensiva. Yo estaba para el norte en ese tiempo.

—¿Dónde?

—En La Llanadita de Perea, señor.

Volví al block y dije en voz alta lo que escribía:

—Fue destacado en La Llanadita de Perea para la ofensiva de marzo.

—Señor, por favor. Yo no participé en esa ofensiva.

—¿Por qué te portas mal? Mucho me lo dice el jefe: Ese Claudio no se porta bien.

—Yo sí quiero ayudar.

El jefe tiene razón. Tú no ayudas —afirmé. Usando el portaminas escribí con trazos grandes: NO AYUDA.

—Señor, ¿yo no ayudo bien?

Puse el portaminas sobre el block y recosté la silla a la pared.

—El jefe se ha empecinado y dice que tú eres malo. Yo trato de convencerlo, y ya tú ves... el jefe sigue diciendo que tú eres malo.

—Señor, dígale que no es verdad, dígale que soy bueno. ¿Por qué no se lo dice?

—Ya se lo he dicho, ya se lo he dicho muchas veces, pero sigue

empecinado.

—El jefe quiere fusilarme.

No le respondí.

—Señor, yo no quiero que me fusilen. Usted ha comprobado que no tengo muertos. Haga algo por mí. Háblele la verdad al jefe.

Me encogí de hombros y aplasté el superfinos en el cenicero de barro. A Claudio le quedaba la mitad de su rompe-pecho. Le expliqué:

—El jefe es un empecinado.

—Señor.

—Entonces, participaste en la ofensiva.

—Mire usted, señor, le digo que no participé.

—Estás nervioso hoy, Claudio. Si tú quieres mando a buscar pastillas, ¿o mejor quieres café? Voy a pedir café —y manipulé el teléfono de campaña instalado sobre el escritorio. Respondieron desde el Centro.

—¡Ponme con Servicios! —grité. El Centro siempre se demora y tapé la bocina para decírselo a Claudio:

—El Centro siempre se demora. —Claudio sonrió, volviendo su vista al rompe-pecho que ya se terminaba. Por fin apareció la voz en Servicios.

—¡Oye! ¿Quién habla ahí? Oye, mándame dos vasos de café. Aquí a la habitación de interrogatorio. Dos vasos de café. ¿Cómo? ¡Dos vasos de café! Sí. A interrogatorio. Pero oye, eso es rápido. Bueno.

Colgué.

—¿Qué arma tú usabas en el monte, Claudio?

—Tenía un Springfield, señor. Un fusil que es así de largo.

—Yo sé, yo sé como es el Springfield —y le pregunté—: ¿tú has visto mi pistola? —La saqué de la cartuchera, depositándola en el centro del escritorio, con el cañón apuntando hacia mí y la empuñadura a la mano de Claudio.

—¿Es una rusa?

—No. Es una Colt comando de cuarentaicinco.

—Está linda.

—Sí, fíjate en la parte de la empuñadura. Esa parte es de un metal muy liviano. Cógela para que veas.

Claudio acercó la mano derecha y sus uñas rozaron en las ranuras donde cierra el magazine pero no movió la mano de ahí.

—Cógela, chico.

—Señor.

—Cógela para que veas.

Se decidió a palpar la madera corrugada de las cachas y poco a poco fue envolviendo la empuñadura con sus dedos.

—Cógela.

—No, señor.

—Cógela, chico.

Claudio regresó la mano y se la aguantó entre los muslos.

—Estás muy nervioso hoy. Fíjate como tiemblas.

—No quiero cogerla, señor.
—¿Por qué?
—No, no quiero.
Apreté el broche del magazine: medio cuerpo del magazine salió afuera, entonces lo extraje completo y le enseñé a Claudio las balas que usaba en la carga.
—¿Tu conoces las balas de salva?
—No, señor.
—Estas son balas de salva —le dije.
Tocaron en la puerta. Yo grité: ¡Adelante! Un cocinero de Servicios pasó a la habitación. Traía una bandeja de lata y dos vasos de lata. La bandeja estaba muy golpeada, el agua de la cocina se escurría por alguna grieta y los vasos humeaban.
—El café —anunció el cocinero.
—Primero sírvale a él —ordené.
—Está bueno ese café, ¿eh?
—Sí —respondió Claudio. Yo tomé de mi vaso. Después prendimos nuevos cigarros y el cocinero salió.
—¿Cómo te sientes ahora?
—Me siento muy mal, señor.
—Yo sólo quiero saber una cosa.
—Me siento muy mal, me duele la cabeza.
—Eso no importa.
—No quiero hablar hoy. Déjeme regresar a la celda.
—Te quedas ahí sentado.
—Déjeme regresar, por favor.
—Quítate la ropa.
—¿La ropa?
Claudio se desabrochó la chaqueta amarilla y fue mostrando el pecho lampiño donde aparecían los vellos negros sólo alrededor de las tetillas y también abriendo un triángulo del ombligo hacia abajo. Claudio hizo un lío con la chaqueta y se la puso en los muslos. Dos verdugones morados le bordeaban los hombros como si fueran argollas. Ahí se grabaron las correas de la mochila.
—Me siento igual que una mujer, ¿por qué me ordena esto?
—Tienes que hablar con una persona. Una persona que tú conoces —y descolgué el teléfono de campaña—. Quiero que hables con Nono Madruga.
—Yo no puedo hablar con ese hombre.
—Sí.
—Oiga, señor, ¿usted no me oye? —dijo Claudio, levantándose del asiento y apoyando los dos brazos en el escritorio—. Yo no puedo hablar con ese hombre.
Le di varias vueltas a la manigueta del teléfono.
—Ese hombre está muerto —aseguró Claudio.

—¿Muerto? —me extrañé—. No, chico, el Nono está vivo y lo llamo ahora. —Accioné la manigueta. El Centro me respondió.

—Oye, Centro, que me traigan a Nono Madruga.

—¿Usted no me entiende? —dijo y clavó su mano abierta en el eradle del teléfono y lo colgó—. ¿Usted no me entiende? Ese hombre está muerto. —Le agarré el brazo por la muñeca y se lo separé del eradle. Siéntate, le ordené.

Volví al teléfono.

—Oye, Centro, que me traigan al Nono Madruga.

No hablé más. Claudio tampoco y regresó a su asiento, secándose una y otra vez el sudor que le brotaba, usando de toalla la chaqueta amarilla que a ratos dejaba ver la negra P de la espalda. Yo hice como si leyera en las hojas del block. Claudio Garate Guzmán. Fue destacado en la Llanadita de Perea para la ofensiva de marzo. NO AYUDA. Del patio trasero llegaron los pasos, recurvando en el pasillo, crujiendo el cuero sobre el cemento.

—No quiero hablar con muertos.

—¿Por qué lo hiciste, Claudio?

—Con el muerto no.

—¿Por qué lo hiciste, Claudio?

Los pasos llegaron hasta la puerta y ahí se detuvieron.

—¡No quiero hablar con muertos! —gritó golpeando con sus puños en el escritorio.

—¿Por qué lo hiciste, Claudio? —me levanté para abrir la puerta. Claudio se dejó caer en el asiento, con los brazos desmadejados y la chaqueta en el piso.

—Tomás San Gil me dijo que yo no era macho —murmuró.

¿Y til me llevarás al lugar?

Claudio asintió. Yo regresé al escritorio y por teléfono pedí un jeep y dos escoltas. Ponte la chaqueta, le dije a Claudio y recogí la pistola de arriba del escritorio.

—Vamos, Claudio. —Abrí la puerta. El pasillo estaba desolado. Salimos afuera. En seguida llegó el jeep. Me senté al lado del chofer y Claudio atrás y entre dos escoltas.

—¿A dónde? —me preguntó el chofer.

—¿Dónde es? —le pregunté a Claudio.

—En Limones Cantero —dijo Claudio.

—A Limones Cantero —le dije al chofer.

Arribamos tres horas después porque hay que bordear todo el Escambray y entrarle por el norte. Claudio indicó un camino pedregoso, estrecho y empinado por donde no pasaba el jeep. Maniatamos a Claudio y subimos a pie. Luego escarbamos en el lugar que Claudio señaló y con la camiseta del chofer hicimos un bulto y ahí recogimos lo que encontramos de Nono Madruga; algunos huesos, el par de botas y el cinto. Entonces emprendimos el regreso. Por el camino, Claudio me dijo:

—Señor, ahora el jefe sí se pondrá molesto conmigo.

Yo creo que sí, Claudio.

—¿Usted me ayudará?

—Oye, Claudio, tu caso se ha puesto muy malo.

—Señor, ¿entonces no hay chance?

—Yo creo que no, Claudio.

En el piso yacía el bulto hecho con la camiseta. El bulto se abrió por los tumbos del camino. De adentro de la camiseta salieron unas cucarachas asustadas.

—Señor, ¿y eso duele?

Yo me volví hacia Claudio. Me dio pena con él y le dije: —No, Claudio, las cosas en la pared pasan rápido.

SANTA JUANA

No hay gente como la del Abuelo Bueno y su pelotón del amor, dice el comandante Bunder Pacheco y camina alrededor de los veintidós hombres. Todos marciales. Vista al frente. Fusiles en tiercen. Menos Bunder Pacheco que se sujeta las manos a la espalda y camina alrededor de ellos y repite: Yo sé que no hay gente como la del Abuelo Bueno y su pelotón del amor. Sí que lo sé. ¿Pero esto es justo, Abuelo Bueno?

No, comandante, no es justo. Somos sus peores soldados y mañana a estas horas debemos estar contra la pared, pagando con nuestros cuerpos a la justicia revolucionaria, responde el Abuelo Bueno y las lágrimas ensucian su rostro de cachetes rosados, de piel pelada.

Todo comenzó cuando les dio aquella fiebre por las cosas del arte.

Primero fue un collar de cuentas de peonías. Un racimo de peonías coloradas y corazón negro. Yíguere se lo hizo. Yíguere el fusilero-granadero. ¿Y eso?, le preguntó Abuelo Bueno. Na, dijo Yíguere, pa lucir lindo en el cuello. Y Yíguere perforó las cien peonías con un clavo al rojo, las atravesó y unió con nylon de pesca, y se colgó el adorno al cuello. Miren qué bonito, comentó Abuelo Bueno y a la semana todos lucían collar de peonías.

Después, entre la hojarasca del otoño, Sabino el Ligero encontró miles de semillas de la santa juana. Frijoles de madera. Bruñido metal de caobas.

Sabino se construyó un collar de dos mil semillas de santa juana, que pesaba cinco libras. Durante dos días lo lució con orgullo sobre el débil collar de peonías. Hasta que todos se hicieron sus collares de la santa juana y el exagerado de Yíguere se mostraba como gallo fino con su santa juana de ocho libras y cinco mil semillas. El collar daba muchas vueltas al cuello y caía en el estómago.

No hubo terminado Yíguere con su santa juana y ya el Abuelo Bueno traía un diseño copiado a los milicianos habaneros que se encontraban dislocados al este de Manicaragua. Observen esto, explicó Abuelo Bueno a su pelotón del amor.

Es el collar anti bomba, dijo y mostró una tablilla del mismo tamaño y forma que un lápiz, trabajada en majagua y atada en sus dos puntas con un cordel que pasaba alrededor del cuello.

Este collar sirve para morderlo en el momento que caen las bombas de quinientas libras que tiran los aviones. Si se muerde duro, en el momento de la explosión, entonces no se romperán los tímpanos.

Sin embargo la pasión por los collares anti bomba decayó mucho en la siguiente semana; más exactamente el día en que perjudicaron al miliciano Berto Fonseca. Los bandidos se acercaron por la espalda y hallaron el cordel, presionando la tablilla contra la nuez de Fonseca.

Berto Fonseca murió.

Además, los bandidos no tienen aviones, comentó Abuelo Bueno.

A la semana siguiente, el pelotón del amor hizo cruce de caminos con el Batallón de Granjeros de Pinar del Río. Los pinareños se habían cosido semillas de pino en los rabitos de las boinas. Abuelo Bueno y sus hombres quedaron embelesados.

En esa parte del Escambray no abundan los pinos, ni los eucaliptos, aunque siempre se consiguieron algunas semillas. Los demás se conformaron con flores de tuna y gajos de albahaca.

Y aparecieron los primeros sellos metálicos de prender al pecho. Yíguere fue quien consiguió más sellitos. Yíguere logró el tesoro con su nuevo amigo Vladimir, el marinero de tránsito por Casilda, con sus anchos pantalones de bolsillos vacíos.

Tres botellas de ron añejo, dos pomos de perfume y una botella de alcohol de 90 grados. Ese es el precio de la alegría de Vladimir y del pecho gozoso de Yíguere, impregnado de cruceros Auroras, cabezas de Lenin y de hoces y martillos en todas las posiciones imaginables.

¿Y éste quién es?, pregunta Abuelo Bueno y señala en los sellitos.

El señor Lenine, dice Yíguere y respira profundo para que el pecho se salga y luzcan bien sus condecoraciones.

¿Y éste, este barco qué es?

Ese, Abuelo Bueno, es el barco Aypopa, que ahí mismo lo dice. El barco que utilizó el señor Lenine para desembarcar en las montañas de Rusia.

Mire usted eso, qué cosa más grande, exclamó Abuelo Bueno.

Así, así mismo fue todo, y por eso, en este día camina alrededor de Abuelo Bueno y su pelotón del amor y dice con voz de jefe molesto:

—Abuelo Bueno, ¿qué significa esto? Los collares y las flores y las prendederas son cosas de mujeres. Yo no quiero mujeres en mi ejército. Abuelo Bueno, ¿no me dirá que esto es técnica de camuflage? Abuelo Bueno, comprenda, ¡esto es un ejército serio!

Fue cuando Abuelo Bueno pidió que se le ajusticiara. Pero el comandante Bunder Pacheco decidió dejar allí aquel asunto mientras el Abuelo Bueno se arrancaba los collares del cuello, con la misma dignidad que un general podría degradarse, y las cuentas de peonía y santa juana rodaban a sus pies y a los pies de todos sus hombres que también se arrancaban los collares. Ellos lloraban. Y la camisa de Yíguere quedó hecha jirones de tantos sellos que tenía prendidos.

LA YEGUA

Era noche de lluvias y en esas noches las hembras se ponen en celo y se descomponen y piden un macho con la mirada y del cuerpo le salen las ganas como el rocío a la madrugada.

El comandante había paralizado las operaciones desde la tarde, aunque había dejado el cerco que era de veinte kilómetros porque él agarraba de todas maneras a Juan Gerónimo.

En el sitio del Venao se estaba bien y nosotros los mayimbes decidimos no mojarnos tanto. Adentro del sitio había un radio RCA y un altar con muchas velas que nos daba luz. El piso era de tierra. El Venao repartió café y el comandante quiso un poco de raspita de arroz que quedaba en el fondo de la cazuela y el Venao se la sirvió en un platico de dulces. Después vino la Wyllis de Seguridad y cargó con el Venao. La casa era de buenos horcones y techo de zinc.

Antes de dormirnos, el capitán Bayamo repartió una docena de tabaquitos y contó otra vez lo del afusilado que creía que lo iban a romper de mentiritas con esas bellas que se usan en las películas y se sorprendió mucho cuando sintió los plomos adentro.

El comandante quiso aclarar bien las operaciones de por la mañana y le dijo al topógrafo que enseñara el mapa. El topógrafo abrió el mapa en el suelo y la cartulina sonó gorda y bonita. El mapa lo cercamos con las velitas del altar; él se había batido con nosotros a lo macho y había visto a los ñámpitis con la cabeza desflorada y los pedazos de cerebro regados afuera como si fueran rebanadas de cebolla, y bueno, nosotros creíamos que era bragao igual que todos.

Pero cuando se sentó en el taburete y el comandante hablaba, cruzó las piernas y las puso muy junticas y yo le miré la nariz y abría mucho los huecos y yo pensé, ¿qué le pasa al topógrafo éste, que luce desorbitado?

Dormimos todos en la casa y es cierto que apretada estaba. A medianoche el capitán dijo que le pusieran cerca las velitas porque le habían agarrado la portañuela.

El comandante se emperró y dio diez puñetazos en la pared y otras diez patadas en el piso y dijo que parecía mentira que se pensara así del topógrafo, que era un roce, una voltereta del sueño, que éramos muchos en tan poco lugar y que todos los allí presentes eran bragaos probados.

Pero que era noche de lluvia y la hembra estaba en celo. A medianoche hizo otro roce de esos y el capitán se arrancó los grados del cuello y gritó: ¡por estas tres barrels yo tengo Buick grande, pistola de veinte tiros, casa en el Nuevo Vedado, mujer rubia que nunca huele a potrero! —y así dijo una lista muy grande de cosas que yo no sabía que se podía tener por tres barras y al finad de la lista cogió al topógrafo por el cuello y respiró cuando dijo: ¡esta

yegua se ha encarnado conmigo, yo le gusto, qué desgracia la mía, mire usted, comandante, que me la agarró otra vez!

El comandante se puso rojo porque era la segunda vez que lo despertaban y porque él no quería yeguas allí. La mañana vino buena y como si la lluvia no hubiera caído aunque la humedad seguía y los cigarros estaban fofos. Lo más molesto fue a los tres días cuando vinieron la madre y la novia y que venían de negro y yo no sabía decirles palabra de por qué el muchacho se había metido el cañón de la metralleta en la oreja agotando el racimo completo de balas.

LA CHANZONETA

La Chanzoneta es un barrio del pueblo de Trinidad. La Chanzoneta era la puerta del Escambray. Allí se ocultaban los futuros bandidos para después tomar el camino del monte. Las calles de La Chanzoneta son de fango y piedras, retorcidas. Las casas están construidas de embarrado, que es el enrejillamiento de cujes, barro y paja. Si se hunde una bayoneta de M-52 en la pared de cualquier casa de La Chanzoneta, la bayoneta saldrá impregnada de chinches, insectos, alimañas.

El jeep de chapa militar número 988 - 529 vino bajando por el camino que topa en la carretera Trinidad-Sancti Spiritus. El jeep se detuvo en lo de la Primorosa. Ella, la Primorosa, con sus senos arrugados en el nacimiento y llegándoles al ombligo como si tuvieran plomada en los pezones, todo expuesto bajo la blusa de colorines y abierta a lo largo de los hombros. La Primorosa fumaba un tabaco refuñío y corto. Primorosa, le dijo el oficial del jeep, sin apearse, Primorosa, dile que salga, que lo estamos esperando.

—¿A quién, mijito?

—Dale, dale, Primorosa. No chives y dile que salga.

—Oye, mijito, no te equivoques. Ese es mi primo que vino de la Baña a pasarse una temporada aquí.

—¡Ay, Primorosa, mira que tú chivas! —respondió el oficial y se apeó del jeep y entró sin pedir permiso. La Primorosa esperó afuera, recostada al guardafango de la máquina soviética, fumándose su tabaco con medidos gestos de filósofo, dejando la vista correr por toda La Chanzoneta abajo.

El oficial se encamino al único escaparate, de tres puertas. Abrió la puerta del centro donde hace muchos años se sostuvo un cristal. Adentro había un hombre rodeado de miserables vestidos raídos. El hombre hizo como si buscara algo perdido entre los pedazos de tela. El oficial le dijo: andando para el yipi y sin ponernos bravos. El hombre fue a explicar su parentesco con la Primorosa pero el oficial cortó toda conversación: eso que me vas a decir, lo explicas en la jefatura. Andando.

Dejaron la habitación con su escaparate, el colchón tirado sobre la tierra caliza, los dos taburetes, la silla coja, la mesa coja también, la repisa donde guardaba vasos y platos de cristal y aluminio, dos o tres cucharas oxidadas, la cocina de luz brillante, un cuadro con un ojo abierto que llora una lágrima roja. Un alacrán caminaba delante de ellos y el oficial lo aplastó con la botaza.

El jeep bajó por el camino, acompañado de las miradas de La Chanzoneta y

del ladrido de los perros. La Primorosa se quedó un rato más en la puerta, mirando el jeep desaparecer. Por fin escupió el cabo de tabaco, se encogió de hombros y antes de dejar la calle gritó una maldición.

COMO BUENOS HERMANOS

—¿En qué mundo se ha visto eso? En la guerra los muertos se mueren y se acabó. Yo la entiendo, señora, pero entiéndame usted a mí. Todos vienen a buscar a sus seres queridos que en paz descansen, ¿y qué voy a hacer yo? Hay que tener un poco de paciencia. ¿Usted vio allá afuera los boquetes en la pared? Esta fue guerra de muchos muertos, señora. Al principio ni siquiera escribíamos sus nombres y ahora no sabemos dónde están. Y en este cementerio... ¿sabe desde cuándo hicieron los españoles este cementerio? Uh, muchos años, muchos, señora. Ahí en el patio tengo bastantes cristianos descansando, pero ¿cómo saber quién es quién si nada más tengo los huesos? No me entiende. Ya veo que no me entiende.

Usted se ha puesto igual que la familia del Niño Padrón. Pero es que al Niño lo afusilaron en el sesentaiuno. La madre me dice que busque un esqueleto grande porque el Niño era grande y fuerte. Pero no aparece. Mire usted que yo he buscado ese esqueleto grande fosa por fosa. Usted no debía llevárselo. En otro lugar va a estar igualito. Bueno, ¿cómo dijo que se llamaba? Así que Juan Lora. ¿Con qué banda estaba él? No lo sabe. Sí, haga memoria. No se acuerda. Bueno, yo anoto aquí, Juan Lora. ¿Blanco? Uh, señora, todos los huesos son iguales, lo mismo de blanco, que de negro, que de chino. Sí, venga usted mañana a esta misma hora y ya veremos lo que se puede hacer.

El administrador observó a la mujer que se retiraba, envuelta la cabeza en un pañuelo desteñido; el vestido de tela mala y desteñida también. Llevaba sus manos recogidas en el pecho y con ellas aguantaba el pañuelo.

Así que Lora, se dijo el administrador. Juan Lora.

En la pared, atrás de él, Jesucristo languidecía crucificado sobre el fichero metálico y escoltado por dos fotografías coloreadas a mano de Camilo Cienfuegos y Federico Engels.

El administrador entró en el patio y fue por el asistente. Le dio de palmadas y le dijo: trae la pala que vamos a revolver.

—Ya tengo la pala, señor —salió la voz del asistente por abajo del sombrero despelusado. La camisa sobrevivía igual de despelusada. Y el pantalón. El administrador cayó en cuenta: Ah, la pala, sí, tienes la pala ahí, y dime, ¿dónde está la común del sesentaiuno?

—Al lado de la ceiba mocha, señor.

El aire que baja de la sierra es aire bueno. No sabe al vaho caliente del hocico de la vaca. El aire de la montaña penetra por entre las rejas del cementerio y sale por las rejas del otro lado y ya no se detiene hasta la costa. El administrador toma un poco de ese aire y se lo echa en los pulmones. Engalla el pecho y luce satisfecho como después de comida. Ah, este aire de la sierra, dice.

—Aquí está la Migdalia —muestra el asistente una tumba donde grabaron la

cruz con el dedo antes de que el cemento fraguara.

Y dos pasos más allá: Aquí está la fosa común del sesentaiuno.

—Ah, la común del sesentaiuno. Muy bien. Empecemos a trabajar.

El asistente desencajó la cruz y la recostó en la ceiba mocha. Para desencajarla la zarandeó de un lado a otro y el hueco se hizo grande. El canto de la pala mordió la tierra que al principio quiso resistirse pero después se abrió y mientras más se hundía más dócil estaba.

—Ya hay gente aquí —dijo el asistente. En la lengua de la pala sostenía un fémur ennegrecido. A sus pies sobresalían más huesos como raíces.

—Ah, ése es bueno —exclamó el administrador y palpó el hueso—. Ese es bueno. ¿Y tú crees que puedas encontrar dos cráneos? Necesito cráneos para que estén completos. Te voy a esperar en la oficina. Recoge muchos huesos y dos cráneos. Después los envolvemos con papel de estraza. Tú no digas nada y ya verás cómo la vieja del Niño Padrón se va a poner de contenta.

—Y ésa que vino ahora. La de Juan Lora. También —dijo el administrador.

PARA LA NOCHE

Más allá de Condado, en donde la Sierra no tiene dueño, los ahorcados volvieron a sus árboles y se dejaron mecer, y un caballo blanco trotaba por las guardarrayas en busca de venganza; y más allá aún, después que se deja el camino de Lomo Perea y se entra en el firme de Los Cócoros, hay unos horcones de puntas ennegrecidas, ahogándose noche a noche en la maleza de la primavera.

Pero aquí en Condado, a Virgen María se le alarga una luz amarilla por el canto del cuerpo, hasta las once de la noche, hora en que la planta local cesa en sus funciones, y sólo Virgen María puede saber que ella está ahí, hundida en la caima, aspirando el humo del tabaco que se consume en el cenicero, pensando en aquellos horcones abandonados y que la maleza no debía ensañarse sobre lo que fue un piso de tierra, muy bien apisonado y barrido, cubierto de paredes hechas con madera de jocuma.

Sin embargo, los horcones desaparecerán en menos de un año, porque el incendio había sido fuerte y nadie lo detuvo. Los bejucos del techo se crispaban y consumían apenas la candela les daba un lengüetazo, y parecía como si el cielo lloviera ratas y arañas enloquecidas, con el lomo incendiado.

A Virgen María y Narey no les quedó otro remedio. Tuvieron que salir de la casa. Afuera estaba el Realito Quiñones, porque él mismo lo dijo:

—Yo soy el Realito Quiñones.

—No me vayan a matar, caballeros —dijo Narey.

—¿Dónde está tu fusil? —preguntó Realito.

—Se me quedó adentro.

—¿Se te quedó?

—Oigan, caballeros, de verdad que se me quedó. Yo no quiero que me maten.

—No, Narey Becerra. Tú dejaste el fusil a propósito, para no entregarlo —afirmó Realito, presionando lentamente el gatillo del M-3. Una boquilla roja se le abrió sobre la portañuela del pantalón crema. Narey se asombró. A Virgen María se le salió un grito, sus piernas se aflojaron y cayó desmayada, pero el grito fue ahogado por la explosión de la pólvora golpeada.

—Yo no quiero que me maten —repitió Narey, mientras la portañuela se le inundaba.

—Termina con eso —le dijeron a Realito y otro hombre se acercó a Narey, que ya iba cayendo con los ojos volteados en blanco. El hombre le disparó en la sien.

Virgen María recobró el conocimiento. A cinco pasos de ella, el cráneo de Narey se había hundido; él había muerto como una vela, descendiendo lentamente hasta convertirse en una masa blanca y crema que se regaba en el piso.

Realito Quiñones dijo:
—Por chivato —y escupió el pelo empegotado de sangre.
Después Realito Quiñones ordenó:
—¡Nos vamos! —y todos los hombres salieron rumbo al firme.
Atrás dejaban aquella mujer que mordía la tierra y se golpeaba en el estómago y arañaba las piedras y se tiraba contra Narey y se volvía a golpear el estómago y volvía a morder la tierra. Hasta el amanecer.
Luego vino la casa en el pueblo que otorgó el Partido, la escuela primaria con el nombre Narey Becerra; las horas que intentaba llenar con el trabajo del Comedor Popular, la secretaría de organización de la Federación de Mujeres y las visitas a la escuela Narey Becerra.
El día que capturaron a Realito Quiñones, Virgen María pidió al comandante que la dejara asistir al fusilamiento. Se lo permitieron. Pero nada cambió en ella, ni cuando Realito la reconoció, ni cuando Realito le pidió clemencia, ni cuando Realito estalló en el poste del Bramadero; y ella había pensado que a partir de ese día las cosas serían distintas.
Ahora, cada noche, Virgen María enciende un tabaco y lo deja quemar en el cenicero, mientras se acaricia los pezones, se aprieta en los muslos y llora.

ORDEN NÚMERO TRECE

A todos los oficiales y soldados:

Compañeros:

Como ustedes recordarán, hace un mes ejecutamos con todo éxito la operación de cerco contra la banda del Chano Borrego. En esa heroica operación hubo de morir la res pinta del ciudadano campesino Elviro Bertole. La res murió producto del bazucazo que fue enviado contra el Chano Borrego, que se ocultó, precisamente, detrás de la susodicha res. Como quiera que la res estaba ya fallecida y prácticamente preparada en forma de bisteces, este Mando Superior, ordenó a la Sección de Suministros utilizar esa carne para las raciones del campamento.

Sin embargo, este Mando Superior ha recibido informaciones muy graves.

En las operaciones de la pasada quincena se produjeron un total de dieciocho nuevos accidentes, ocurriéndole la desgracia a quince reses y tres puercos. Las dieciocho bestias murieron en el acto, y las informaciones atestiguan que algunas recibieron tiro de gracia.

Como quiera que las bestias hay que pagarlas y yo debo explicar al Estado Mayor los mencionados gastos por concepto de indemnización, a partir de este instante, ordeno:

Primero: queda absolutamente prohibido matar accidentalmente reses de propiedad privada o estatal.

Segundo: en nuestro ejército no existe el botín de guerra y por tanto deben ser desmantelados de inmediato aquellos corrales construidos en los patios de barraca de los batallones tres y cuatro de moto-transportados, el quinto de apoyo y el noveno ligero de choque; entendiéndose que las aves que actualmente residen en los citados corrales deben ser devueltas ipso facto a sus dueños originales.

Tercero: el que viole esta disposición, será juzgado y condenado por los Tribunales Revolucionarios.

Dado en Condado, para su puesta en tablilla y para su más estricto cumplimiento, a los ocho días del mes de octubre de mil novecientos sesenta y uno, “Año de la Educación”.

(Fdo.)
Bunder Pacheco
Comandante.

VISITA

—Ah, capitán Atila, qué bien que está por aquí —dijo el secretario regional del Partido y nos invitó a entrar en su oficina de paredes blancas y cortinas azules.

—Este compañero es el teniente Bedul —me presentó Atila.

—Es muy bueno, teniente Bedul. Pase usted también, y siéntese.

Nos sentamos en aquellos butacones rojos donde uno se hundía hasta el piso por esa masa de guata que tienen adentro. El secretario invitó a tabacos H. Upman número cuatro y con un timbre en el buró mandó por las tazas de café. Yo sólo cogí un tabaco pero Atila se llenó la mano y guardó media docena en el bolsillo izquierdo de la camisa.

El secretario vestía con pantalón caqui y camisa de mezclilla azul-gris; botas abrochadas sólo hasta la mitad de los ojales, de manera que el pantalón se trabara en su caída y luciera de bombacho. Pistola belga oculta bajo la camisa y siempre cuidando que sobresaliera el cabo para que la gente se diera cuenta. Boina verde de milicias.

Además de los butacones rojos, allí en la oficina tenía un sofá de vinil verde, su mesa de caoba negra que hacía arabescos en sus bordes. Un gran retrato de Fidel Castro echándose un tabaco y al lado del retrato una banderita con las insignias de la Juventud Democrática Alemana que representaba a Walter Ulbricht en sus años mozos mientras hacía deportes en short.

Atila se levantó de su butacón y husmeó en la biblioteca del secretario regional, situada en la misma pared al lado de la puerta.

Atila revisó, mordiendo el tabaco aún sin encender: Las relaciones Húngaro-Americanas de 1918 a 1960. Historia del PC US. Gramática elemental. Del diario de campaña de una agrupación guerrillera. Primeros Auxilios. Obra Revolucionaria. Aristos diccionario. Insecticidas y garrapaticidas. Dos tácticas. Don Quijote de la Mancha tomo uno. Economía Política. Lincoln. Caballería roja. Antropología jurídica. World Atlas. Don Quijote de la Mancha tomo tres. ¿Qué hacer? Biblioteca de Selecciones del Reader's Digest. Lógica.

—¿No tienes algún libro sobre Napoleón? —preguntó Atila.

—No —dijo el secretario.

—A mí me gustan las cosas de Napoleón —explicó Atila.

—Pero no tengo nada de él.

—¿Y de guerra? ¿No tienes algo bueno que sea de guerra?

—Sí. Aquél de allí —señaló el secretario hacia un libro de lomo gris y caracteres rojos.

—¿Este? —preguntó Atila.

—Sí, ése.

Caballería roja, leyó Atila en la carátula y quiso saber: ¿está bueno? A mí no

me gustan los libros rusos porque la gente usa nombres muy complicados.

—Sí, está bueno —respondió el secretario—. Stalin fusiló a ese escritor.

—No me digas, chico —exclamó Atila—. ¿Y por qué?

—Ese hombre se puso a decir que los cosacos eran bribones de la vida. A Stalin no le gustó que se escribiera así.

—Ah, bueno. Si dijo esas cosas había que traquetearlo. ¡La verdá que ese viejo Pepe era un duro! —afirmó Atila.

—Sí, no se le puede quitar el mérito —agregó el secretario.

—Entonces me llevo el libro, pa saber qué paso con los cosacos —dijo Atila.

El aire acondicionado me cortaba el cuerpo. Todo el día bajo el sol, quemado hasta el séptimo pellejo; la costra endurecida de polvo del camino, aspirado durante años, sin remedio, por estos huecos apretuñados de mi nariz de negro. Sin embargo, sentía placer de estar allí, reposado, hundido en el butacón, deseando una mujercita, o a falta de ella, este mismo gordo secretario del Partido, que me prestara su mujer y ella me zafara las botas y me arrascara con mucha suavidad en las plantas de los pies.

—Y bien, ¿qué les trae por aquí? —cruzó el secretario las manos sobre el buró mientras Atila encendía su número cuatro.

—¿En qué mes viene ese café? —preguntó Atila.

El secretario volvió a tocar el timbre.

En realidad, el lugar no hacía juego con nosotros, con nuestros rostros requemados, las altas botas del monte, los correajes de las armas del soldado ensillado; rompíamos el ambiente y era como si creáramos una tensión que estallaría muy fuerte deshaciendo paredes y rajando cristales.

—Oye, ¿y qué se sabe de Elenita?

—¿La niña?

—Sí, ésa —afirmó Atila.

Y el secretario informó: pues que no era tan niña. Fíjate que no engordaba por la manía de comer tusas Cedientes. ¡Por algo la mandaron corriendo pa la Baña!

—Anda pal diablo. Mire usté eso —se asombró Atila.

—Y lo de la mujer del panadero con Masabí, es absolutamente cierto. Puedes ponerle el cuño que es verdad —aseguró el secretario.

—Avemaría. ¡Las mujeres están de madre!

Vino el café. Lo trajo en una bandejita la telefonista del regional. Luego hablamos lo que teníamos que hablar.

Esa finca, la Perla de Condado, la de Don Margarito Abejón, la que se debía intervenir para que no sirviera más a los bandidos. Nos despedimos y el secretario pidió a Atila una cajita de balas nueve milímetros que ya las de su pistola se habían agotado. Dejamos la oficina y fuimos a donde habíamos parqueado el jeep. Estuvimos mosqueando por las calles del pueblo hasta las diez de la noche.

MADRUGADA DE LA SIERRA

¿Bandido?, preguntó el cazador cuando descubrió aquella figura de pie bajo el techo. Tú eres bandido, le dijo y cargó la AKA; los demás se replegaron. El morador de allí no se movió. ¡Que avance para identificarlo!, gritó el capitán Atila arrastrándose por la tierra hasta llegar a la puerta.

No se mueve, parece un muerto de pie, susurró el cazador, arrodillado frente a la puerta, en posición de disparo, protegido por las hojas de yagua que hacían de paredes. Viejo, acércate aquí si no quieres morir, dijo el capitán Atila. Su bayoneta apuntaba al pecho del hombre.

Atila pasó recuento: siete hombres conmigo, ocho carabinas AKA con todo el parque en regla. 960 balas. Más mi pistola y sus 20 tiros.

—Soy gente buena —dijo el viejo.

—Acércate despacio, sin hacer boberías —ordenó el capitán y le preguntó al cazador—: ¿está montado su AKA?

—En posición de fuego. Listo para matar.

—Ya sabe, entonces... —volvió el capitán y se terció la carabina sobre el pecho. Un relámpago, de los que caen sobre el mar, se reflejó en la punta de la bayoneta. El capitán se levantó y caminó hacia el viejo.

—¿Cómo te llamas, eh?

—Gente buena.

—Mejores que tú, viejo, hemos tenido que romper —le advirtió el capitán e inició el cacheo por las piernas y sintió en sus manos unos músculos duros, entumidos; una piel grasosa por donde corría el sudor ligado a la tierra. Los zapatos eran como de madera. Viejo, quítate los zapatos, le dijo. Repasó su mano por los pies deformes, por los dedos engarrotados, plenos de callos verdes y endurecidos. Los muslos no eran más gruesos que el brazo de cualquiera de sus cazadores. La camisa de un lienzo duro y deshecho.

—Viejo —le dijo el capitán—, tú nada más tienes huesos.

El capitán sintió confianza y entonces descubrió aquellos ojos deslucidos donde no se reflejaban ya los relámpagos pero que estaban rajados y temblorosos. No debió hacer esto, murmuró el viejo.

El capitán Atila se asombró primero, luego fue mostrando poco a poco su blanca y grande dentadura, a punto de dar una dentellada. El viejo vio los carnosos labios sonrientes, los dientes brillosos de saliva. El aliento de animal y tabaco.

—Oye, que entren todos. Vamos a pasar la noche aquí —ordenó el capitán a los cazadores. Ellos entraron con el campanear de sus fusiles, correajes y hebillas. Eran nueve hombres adentro del bohío. Alguna vez debió reinar allí el bienestar y el trabajo. Seguro que alguna catástrofe cortó de pronto con la vida del morador, aún de pie, frente a la puerta, rodeado de los soldados que ya se hacían un sitio bajo el techo.

—Buena lluvia para la tierra, ¡buena que está! —exclamó el capitán—, pero mala con nosotros los soldados. Diga, viejo, ¿no es buena esta lluvia para la tierra?

—Es —respondió.

—¿Tiene sembrada la tierra? Debe aprovechar esta agua.

El viejo no respondió más. Ay, suspiró el capitán cansado de sus músculos y se sentó en el suelo, recostándose en una de las vigas de tronco de palma. Puso la AKA sobre las piernas. Viejo, le dijo, ese único taburete lo dejé para que usted se sentara. Siéntese.

Un taburete. Una mesa enclenque de patas tambaleantes. El camastro. El viejo escaparate vacío y de puertas entreabiertas. Sobre la mesa: el colador de café, algunos cartuchos, algunas latas a modo de vasos y las botellas. Todo vacío y muriendo junto al viejo. De pronto, sobre el camastro, las caderas de una guitarra.

—¿Eres trovador?

—¡Que cante algo el viejo! —dijeron los cazadores.

—Algo para dormir.

—Mire, viejo —le dijo el capitán—, le digo que se siente en ese taburete y cante lo que sepa sobre mujeres.

El viejo obedeció.

Traigo el canto de los ríos embravecidos, se quejó rasgando su guitarra. Los siete cazadores se apretujaron entre sí, bajo el techo, cediendo a la tormenta todo el espacio de la Sierra y haciendo un montoncito de fusiles y hombres en el centro de la construcción.

Un murmullo de tierras lejanas, desconocidas; la mística caricia del inmenso desierto y los hombres al galope de caballos con el símbolo de las montañas de agua en el lomo, de salvajes mujeres de piel de aceituna en amor dulce y mortal; la voz del viejo se lamentaba, su lengua reseca, sedienta.

—Suena bien tu guitarra —le regaló el capitán.

—Estas cuerdas están hechas con lágrimas de metal —musitó el viejo.

Afuera, la tormenta se agotaba en ella misma. El gotear sobre el techo de guano era menos insistente, más pausado, como de tormenta que sabe la proximidad de su muerte.

—¿Quieres tabaco? —le preguntó el capitán y el viejo sonrió por primera vez. El capitán sacó una bolsa de nylon que guardaba en el bolsillo izquierdo. Allí quedaba un tabaco deshojado, la caja de fósforos, dos billetes de cinco pesos y uno de a uno, el carnet del Partido y la foto de su mujer rodeada de los hijos.

—Coge, viejo —y le dio el tabaco.

Luego no hablaron más, luego entró la luz por entre las tablas carcomidas. Los siete hombres dormían en el centro, abrazados como guano enrejillado. El capitán, con las palmas de las manos abiertas hacia el techo y sobre la AKA. La cabeza colgada atrás, contra las yaguas. El viejo en su taburete. La guitarra en los muslos. La boca abierta igual que los muertos. El tabaco a medio fumar

en los pies del taburete. El capitán se echó por completo en el piso sin abrir los ojos y puso un brazo abajo de la cabeza para sentirse más cómodo. Cruzó una pierna alrededor de la carabina y así siguió durmiendo.

AL PALO

Tomo la carabina AKA en las manos. Es una hermosa carabina con peine aplanado y curvo donde se cargan treinta balas. La culata está como nueva, como yo, soldado nuevo, sediento de la sangre del bandido. Se le puede pasar el dedo al cañón y no se sentirá una gota de polvo o grasa. La tengo en mis manos. La AKA se pega fácil a los dedos y a la palma de la mano. Encaja bien entre la cadera y el brazo cuando se va a disparar al nivel de la cintura. Pero no voy a disparar al nivel de la cintura. Con el pulgar paso la palanca de selector de fuego a la posición de automastichie. Estoy de pie en la cima de esta lometa de Rancho Consuelo. A cincuenta metros bajo mis pies corre un río. El río muere después de la lometa porque entonces comienza el mar. El mar es más fuerte que el río. Atrás se eleva la azulosa Sierra. Levanto la AKA sobre mi cabeza y dejo escapar una larga ráfaga. El arma me tiembla en la muñeca hasta que suelto el gatillo. Soy más fuerte que el mar, me lo dice la AKA. Luego regreso a las barracas de Rancho Consuelo y dejo el arma colgada de la litera, prometiendo limpiarla en la noche, y voy caminando hasta la barra de la playa a ver las mujeres de Trinidad que se lucen con esas trusas que aprietan y hacen brotar todos los deseos, y a recluirme en el cuartico de atrás del almacén, donde el administrador nos sirve cervezas congeladas, bien escondidos y así el comanche Bunder Pacheco no se entera y no se molesta por la desobediencia de beber con uniforme. Aquí todos los cazadores hacen los cuentos de sus muertos, entre sorbo y sorbo, entre cajas abiertas de apestoso tasajo y bidones de manteca asocados por las moscas persistentes y zumbadoras, y como yo no tengo ningún muerto me acerco al oído del comisario Iglesia y le susurro: quiero ser miembro de un pelotón de fusilamiento, quiero matar un bandido, ¿me entiendes? Y él me mira y dice en voz alta: eres un gargajo.

Me humilla.

Al bandido hay que matarlo en combate y entonces probar su sangre como hacían los hombres de Panfilov.

—Claro, claro —dice Elias, que se hace el muy gallito y se cree superior a todos—. Nadie se gradúa de macho matando un bandido amarrado en el pedo.

Y yo me sonrío nervioso, sin saber qué responder, tratando de buscar una manera de irme de allí, mientras el sudor se me pega en el cuello y la frente y el trago de cerveza no me refresca nada y ellos no cambian la conversación, esperando de seguro que yo diga algo, y.

LA LEY

—¡Miren al señor Fiscal, observen su rostro sereno, su tranquilidad de espíritu! —dijo el abogado de la defensa, doctor Tabladas Marturello—. ¡Fíjense con qué reposo se echa hacia atrás en su asiento y pide cien años para mi defendido!

—¡Cien años, señores magistrados! —exclamó abriendo los brazos y dejándolos caer pesadamente en las faldas del saco—. ¡Cien años, como si cien años no fueran nada!

—Cien años —repitió el Ministerio Fiscal, recostado sobre el púlpito de madera y apoyando la barbilla en su puño cerrado.

—Silencio, silencio —pidió displicente el jefe del Tribunal—. Silencio en la sala.

Aunque no hacía falta pedir silencio porque nadie hablaba.

El acusado, don Margarito Abejón, todavía no alcanzaba a comprender todo lo que le sucedía. Ni lo que pasó la tarde anterior cuando fue apresado y encerrado en Condado junto con los bandidos.

—Hola, gordo —le dijo el bandolero Mamacusa, que fumaba un tabaco, recostado cómodamente en el colchón desnudo de la litera. Había dos literas dobles y una sola cama vacía.

—Gordo, el piso de arriba es el tuyo —señaló Mamacusa.

Los otros dos prisioneros, en la litera de al lado, dormían la siesta.

—Gordo, mejor te quitas el saco y la corbata —y don Margarito vio los pies descalzos de Mamacusa, las uñas sin recortar con una media luna terrosa en las puntas. Las botas en el piso. Medias botas sin cordones y de carmelita claro.

—Oye, gordo, ¿y cómo te cogieron? Tú te sentías muy seguro en esa finca.

El bandido que dormía en la parte de arriba de la litera contigua se despertó y escupió al piso un pedazo de tabaco que había rumiado durante la siesta. Don Margarito vio el rostro negro carbón del hombre, una cabeza redonda, sin salientes, a no ser aquel grotesco pelo de alambre que le nacía hacia todos los lados, porque hasta la nariz se reducía a dos aletas que se expandían a diestra y siniestra.

El bandido le preguntó a Mamacusa:

—¿Y éste quién es?

—Es el gordo Abejón, que lo trajeron ahorita.

—Ajá. El señor Abejón. Está buena la cosa.

—Sí, está buena —dijo Mamacusa.

Don Margarito Abejón no aguantó más y gritó tanto que el mismo comandante Bunder Pacheco tuvo que hacer acto de presencia en las celdas. Don Abejón exigió por su abogado y Bunder Pacheco le respondió: ¡Qué abogado ni ocho cuartos! —y señaló para un teniente a su lado que también

había venido por lo de los gritos de Margarito, y dijo: éste mismo va a ser tu abogado.

—¿Quién, yo? —se asombró el teniente—. De eso nada, comandante. Yo no sé nada de eso. Y menos pa defender a este gordo.

La respuesta dejó muy sorprendido a Bunder Pacheco, que de momento no supo qué contestar. El teniente se quedó muy rojo, de la pena que hizo pasar a su comandante, y por muchos años después cada vez que Bunder Pacheco aparecía por algún lado del Condado él se desaparecía por otro.

Bunder Pacheco decidió responder: pues mañana tendrás juicio con tu abogado.

—Silencio, silencio —repitió el jefe del Tribunal.

Atrás de don Margarito se encontraba la escolta, y un poco más allá el público. El Tribunal se sentó de cara a don Abejón, separado por un buró de oficina dispuesto para la ocasión con una jarra plástica y seis vasos rojos del comedor popular de Condado. Eran tres los miembros del tribunal. A la derecha de ellos tres, su abogado defensor de oficio, el viejo amigo Tablada Marturello. Y a la izquierda, el terrible Fiscal, en la misma persona del comandante Bunder Pacheco, que volvió a repetir: cien años.

La escolta se acercó al acusado y le rezó al oído:

—Viejito, no intentes escapatoria que mi metralleta muerde.

—¿Cómo dice...?

—¿Escapar yo? Si no puedo con mi alma. Mire las manos esposadas. Mi edad. Tengo cincuenta y cuatro años!

—¿Cómo me voy a escapar?

—El acusado debe hacer silencio —intervino el jefe del Tribunal.

—El viejo se quiere escapar —aseguró la escolta.

—¿Yo? ¡Señor juez, mire usted...! —intentó explicar don Abejón.

—¡Silencio! —gritó el jefe del Tribunal, y a falta de campanilla reventó un gran manotón contra la mesa; luego consultó con los otros dos miembros del Tribunal y por fin dijo—: el escolta del acusado no debe hablar en este juicio.

—¿Eh, y eso por qué? —comenzó a replicar la escolta, hasta que lo halaron por la espalda de la camisa y lo obligaron a sentarse sin abrir la boca.

Con un blanquísimo pañuelo, el defensor Tablada Marturello secó el abundante sudor en la frente y en la calva. Vestía traje de dril cien, color hacendado, zapatos Ingelmo de piel de nonato, negra corbata y puntos de oro en los puños. Resoplaba como caldera de locomotora.

El fiscal, veinte años más joven, vestía con el único uniforme que tenían los cazadores, lo mismo para oficiales que soldados. De campaña. Lonilla verde olivo. Grandes bolsillos sobre el pecho y abajo de las caderas. El pantalón de bombacho ajustado en las botas. Un uniforme holgado donde Bunder Pacheco puso las estrellas de su grado en la punta del cuello.

—¿Tiene algo que agregar el acusado que no se haya dicho aquí? —preguntó el jefe del Tribunal.

—Mire usted, señor juez.

—Levántese, acusado. Aquí cerca. Así. Hable ahora.

—¡Yo no sabía que eran bandidos, señor juez! Mire usted, que venían armados y me dijeron, aquí comida, aquí ropa, aquí dinero. Y yo, figúrese usted, señor juez, ¿qué podía hacer?

—Eso ya se ha dicho, acusado. Aporte algún elemento nuevo.

—¡Se lo juro por Dios, señor juez!

—Silencio. Silencio. No hay más nada que decir. Este Tribunal se retira a deliberar.

—Señor juez, ¡yo soy un hombre de bien, un hombre...!

—Sss —cortó el Fiscal, con el índice en la boca—. Le han dicho que silencio. Ssss.

Los del Tribunal se retiraron a deliberar en un cuartico que pegaba con el salón. El Fiscal, Bunder Pacheco, se echó hacia atrás en su silla y prendió un tabaco. Se sonrió.

Los del Tribunal volvieron a posesionarse de la sala media hora después.

¡Levántese, acusado!, dijo el jefe del Tribunal y lo invitó con la mano. El mismo jefe inició la lectura de algunas cuartillas redactadas esa mañana:

Este Tribunal, después de haber deliberado ampliamente la acusación que recae sobre el ciudadano Margarito Abejón Calafel, propietario del latifundio La Perla, sobre el que pesa la acusación de tráfico de armas y ocultamiento de bandidos desde el año 1961, y que fue detenido por el mil veces glorioso Departamento de Seguridad del Estado, ha decidido que las pruebas presentadas por el Ministerio Fiscal son recias pruebas, inequívocas, y que el acusado ha violado las leyes revolucionarias.

—¡No, señor juez, no! Mentira, mentira.

—Silencio —dijo el jefe del Tribunal y continuó su lectura: No obstante, este Tribunal ha tenido en cuenta la numerosa familia del acusado, su edad avanzada y la certeza de que ya en su mente se encuentran los fermentos de la rehabilitación.

—¡Sí, señores! —exclamó emocionado el jefe del Tribunal—. Nuestra Revolución es generosa y comprende que a los hombres se les debe dar una oportunidad. ¿Acaso el acusado cometió algún asesinato, preparó bombas, dirigió operaciones contrarrevolucionarias? ¡No! Nada de eso. Sólo una que otra vez dio albergue a esos bandidos.

Y un poco de comida. Y, ¿por qué no decirlo? También les dio dinero y armas. Sólo eso hizo el acusado, y este Tribunal sabe ciertamente que ya en él despuntan las ideas del arrepentimiento.

El jefe del Tribunal detuvo su lectura aquí. Observó a la izquierda cómo el letrado de la defensa se sonreía por vez primera y con visible sorpresa enjugaba el sudor, dejando que las cejas subieran y casi llegaran al final de la frente, como si con los ojos pudieran oír mejor. Y después, frente a él, la mirada aprobatoria del acusado, que le sonreía. A la derecha, el Fiscal sacaba punta a un lápiz. El jefe del Tribunal continuó:

Por tanto, en uso de las facultades que nos son conferidas, este Tribunal ha

tenido a bien, tomando en cuenta todos los factores que concurren... —las palabras quedaron suspendidas en el aire— ¡condenarlo a usted, por burgués latifundista y por viejo bandolero, a la pena de cien años de reclusión presidiaría!

El acusado y el abogado defensor, cada cual por su lado, cayeron desmayados y costó mucho esfuerzo llevarlos a la enfermería por lo que pesaban. Don Abejón fue dejado en libertad condicional un año después. Pero a los dos meses fue detenido, complicado en contrabando de carnes, y en el momento que salía del país por la vía clandestina. De nuevo, rumbo a la Sala del Tribunal, el corazón le latió con demasiada intensidad para sus cincuenta y cinco años y lo enterraron al otro día por la tarde, debajo de un radiante sol.

KONGO KID

El empresario Martín Razore llegó al campamento de Bunder Pacheco a todo lo que podía correr su Cadillac 48 por los malos caminos de Condado. El Cadillac se detuvo frente a la nave de prefabricado donde almorzaba Bunder Pacheco; entonces el auto se encabritó, lanzando a tierra la chapa de matrícula y algunas tuercas, para en seguida entrar en un reposado estado de coma donde la respiración de los pistones fue acallándose hasta que el aceite dejó de fluir por su sistema. El Cadillac pasó a ser un fiero tigre rojo que ya había muerto, y el polvo calizo iniciaba por las patas su labor de corrosión.

De la cabina surgió Martín Razore, vestido con guayabera beige de botones dorados, corbata verde sujeta al estómago por un broche de plata, pantalón de equitación y polainas blancas que abrazaban el cuello largo de las botas.

Martín Razore preguntó con esa voz suya que siempre parecía anunciar el próxima acto: Rápido, digan rápido, ¿dónde está el jefe de ustedes?

Y Bunder Pacheco, con las comisuras de los labios tintadas de amarillo por el arroz con huevo que aún no había terminado de almorzarse, tragó lo que le restaba entre los dientes y dijo: soy yo.

—Señor jefe, tiene que venir conmigo. Sus soldados hacen la guerra en mi circo.

En ese momento llegó a Condado un rumor estrepitoso. Bunder Pacheco hizo gala de lo aprendido en la Escuela Militar de Matanzas: Se oye el ruido característico de los combates, dijo.

—Hay armas de distintos calibres, incluyendo pistolas —siguió Bunder Pacheco—. Y si son trescientas armas, eso es combate gordo.

—Pero dígame —preguntó Bunder Pacheco al empresario—, ¿qué tiene que ver usted con ese combate que se desarrolla en mis narices?

—Señor jefe, se lo ruego, apúrese, que sus soldados hacen la guerra en mi circo.

Bunder Pacheco decidió ir al circo de Martín Razore. Antes de partir en su jeep todo-caminos se armó con una AKA, la pistola Steichin de ráfagas, tres granadas norteamericanas de piña y una granada checa, una negra granada checa, con la cinta amarilla del seguro enrollada alrededor; una gran granada parecida a lata de leche condensada, pero negra. Bunder Pacheco también agarró una petaca de explosivos C-4 especial para voladuras de puentes metálicos; sin embargo, decidió que no hacía falta. Entonces se enganchó la bayoneta de la AKA a la cintura. Por si acaso, comentó.

El todo-caminos se puso en marcha. Bunder Pacheco al timón y el empresario a su lado.

—Mi circo es un circo muy humilde —explicó Martín Razore—. Un circo proletario cantidá.

—Está bueno eso —respondió Bunder Pacheco y Razore se sintió halagado

de contar con la anuencia oficiad; sus labios tramposos, amaestrados para la fuma de grandes tabacos, mostraron una sonrisa agradecida debajo del bigote de morsa, una sonrisa que desplazó los rosados cachetes de su lugar habitual.

—Ya no se oyen disparos —advirtió Martín Razore.

—Está bueno eso.

Doblaron en el entronque de la Papelera y rodaron unos tres minutos, y resultó que ya habían llegado. El circo medía unos cincuenta metros a la redonda. Un hermoso palo de roble lo elevaba desde el centro. La carpa era de sacos de yute mal cosidos. Sacos que alguna vez guardaron azúcar o cemento. Afuera había parqueado un camión ford de segunda mano, donde se lucía un letrero pintado en la cabina trasera que era el mismo letrero dibujado sobre la entrada de la carpa. Gran Circo Martín Razore Y Ijos. Decencia y Elegancia. Emoción y Aventura. Reinaba un silencio de muerte pero el movimiento suspendido en el marabuzal cercano delataba la gente que allí se refugiaba. Bunder Pacheco descubrió sayas domingueras y guayaberas planchadas ocultándose tras las ramas secas del marabú. Alrededor de la carpa yacían las sillas de tijera con las patas rotas, abandonadas en la huida. Alguien derribó la caseta de la taquilla y un desolado zapato de tacón alto esperaba por su dueña.

Bunder Pacheco se apeó del jeep y montó la AKA. Usted, espérese aquí, le dijo a Martín Razore. El comandante hizo un recorrido en zig-zag alrededor del circo y sólo se detuvo cuando consideró que no existía peligro si acercaba el oído a la carpa.

Silencio.

Bunder Pacheco desenvainó la bayoneta y abrió un gran tajo en la carpa, un tajo desde su cabeza hasta el suelo. Guardó la bayoneta y separó la tela abierta.

Echó un vistazo adentro:

Sus soldados parecían esperarlo. Había miradas cómplices. Se encontraban marcialmente sentados, con las armas descansando sobre las piernas. Sólo soldados. Los claros alrededor de la pista demostraban la rápida huida de los civiles. Ningún soldado hablaba, ni pestañeaba. Una gris neblina que flotaba bajo el techo, comenzaba a disolverse, pero el olor se mantenía; un olor a pólvora sujeto por la árida carpa de yute.

Pacheco descubrió rostros conocidos de la Primera Compañía, del Batallón de Granjeros, del Pelotón Operativo, aquel bazuquero y este otro radista. En el centro de la pista había dos bultos. El comandante Bunder Pachecho caminó hasta el centro de la pista, puso el seguro a la AKA y se la colgó al hombro.

Un león. Era un león, con la cabeza abierta y rajada igual que un huevo. Un león blancuzco, desdentado, viejo, dueño de un lomo dócil que se hundía en los canales dejados por los huesos de la costilla. Un león como los que nunca viera en las películas de Tarzán, con su melena de escobillón usado; el hocico abierto para que la sangre saliera sin tropiezos, la pesada lengua abandonada en la pista y sujeta a la garganta por pura costumbre.

A su lado:

Aquel viejo negro y largo. Silencioso, gozando con los ojos estáticos del bienestar por primera vez alcanzado. La dentadura postiza cerca de la mano izquierda. Abierta contra la tierra, mordiendo la pista con displicencia. Muerto también, adentro de su espectacular traje fundido a la piel por las perforaciones que hundieron la tela sin miramientos; un traje de portero arreglado con flecos de colores, lentejuelas, canutillos y mostacillas.

Bunder Pacheco lo volteó con el pie: el cadáver del domador dejó los pulmones en el piso. Pacheco lo volvió a poner sobre sus pulmones. El comandante miró a su alrededor: todos huyeron a la mirada. Pacheco se decidió por un rubio de la primera fila. Soldado, ven aquí.

—¿Quién, yo? —preguntó, aterrado.

—Sí, ¡usted!

—Oiga, yo no tengo que ver con esto.

—Usted. Le he dicho a usted que venga.

El cabo Gabino, sentado también en la primera fila, resolvió hacer frente por todos.

—Comandante, si me permite.

—Cómo no. Venga y explique a su jefe qué significa esta guerra en el interior de un circo neutral.

El cabo Gabino explicó:

Hoy es domingo, ¿no? Pues los domingos el soldado sale de paseo y se encuentra que hay un circo en los alrededores. El soldado piensa: las mujeres irán al circo. Los soldados y las mujeres hacen buena compañía. Como el fusil y la bala. Pues el soldado vino al circo. Aparece entonces el de los bigotes gordos y anuncia el acto de los monos. El soldado mira y aplaude a los monos. Se van los monos. Regresa el de los bigotes gordos y anuncia el acto de la bailarina. El soldado aplaude y grita a la bailarina. La bailarina mueve el ombligo a cada flanco y el soldado se emociona con el ombligo. Pero viene el de los bigotes gordos y dice que se acabó la bailarina y que le toca el turno al acto más grande del mundo. El acto de Kongo Kid y su león fiero. El soldado aplaude a Kongo Kid y su león fiero; y observa con tristeza cómo ya no tiene más bailarina. En ese momento, ¿qué cree usted que sucede, comandante? Pues que viene este domador Kongo Kid y hace así con el látigo y da allí y da acá... y el león bosteza. El Kongo se asombra y otra vez hace cosas con el látigo. Aquí y allá. El soldado piensa: qué Kongo Kid más duro. Pero el león bosteza de nuevo. Sin rugidos ni otra cosa. Sencillamente, bosteza. Sucede en esos momentos lo que tiene que suceder cuando hay mal educados en el público que nunca han venido al circo: alguien lanza una rechifla. El Kongo Kid se desespera por la rechifla y otorga piñazo traicionero al hocico del león fiero. El león se queda pasmado, que lo vemos todos los soldados, y de un salto cae sobre Kongo Kid. Este Kongo grita y pide auxilio. Nosotros salimos en defensa del agredido y suena el primer disparo que se le hace al león. Pero vea usted, comandante, esas metralletas son muy difíciles de controlar y el primer disparo sale equivocado. El león no se inquieta y el que se encorva y

grita de dolor es el Kongo. Yo mismo veo el agujerito rojo en su costado. Todo el mundo presiente la desgracia y decidimos salvar la vida del Kongo y hacemos fuego en ráfagas hasta que el león fiero retrocede y muere. Claro, el Kongo, que abajo de el león estaba...

—Me basta —corta Bunder Pacheco y se pregunta cómo explicará al Mando Superior este lamentable suceso. Y:

—¿Ya puedo pasar? —quiso saber el empresario Martín Razore, que habló desde la puerta y en menos de quince pasos, cada vez más apresurados, llegaba al centro de la pista y descubría los cadáveres, arrodillándose al lado del león de lomo abierto y tranquilo que las moscas ya cercaban, para decir:

—Mi gato bueno, mi gato fiero, ¿qué te han hecho? Ay, Dios, esto es una verdadera desgracia. Lo que yo llamo una real y verdadera desgracia, como no puede haber otra —y fue por su pañuelo rosa en el bolsillo superior de la guayabera, cerrándole el paso a las lágrimas que le salían. ¿Dónde conseguiré otro león?

Pero Martín Razore decidió reponerse inmediatamente del inesperado golpe, porque para algo él era un hombre de grandes empresas, y se agenció de su bocina y salió por la gente que aguardaba en los marabuzales y gritó conmovido:

—¡Señoras y señores, respetable público, sólo ha sido un pequeño accidente; deben regresar a sus asientos que la función del gran Circo Razore no se detiene!

Mientras los cadáveres eran montados en parihuelas, sacados del lugar y el tarugo Bedulín Cantore limpiaba con una regadera la pista salpicada de sangre y visceras.

El público que regresaba coincidió con los cadáveres en la entrada de la carpa. Los adultos se despojaron de sus sombreros. Las beatas hicieron el signo de la cruz.

Horas después —y recogiendo el deseo popular— Bunder Pacheco permitió que el león fuera enterrado en el cementerio de Condado y ai lado de la tumba de su domador.

Por algún tiempo las lápidas de madera resistieron la limpieza de la lluvia y el traqueteo del viento, y la gente podía saber que allí estaban un domador y su león; los dos seres agradecidos del fiel público, ese público de Condado que aún hoy y por los años venideros no olvidarán el más grande acto del mundo.

LA GRANDE

En los jeeps, de regreso del cerco, se hablaba de La Habana como un lugar muy lejano y no a 400 kilómetros. Un lugar donde había millones de hembras y no estaba el comisario Lazo. Donde sólo se tenía que alargar el brazo y agarrar la que más gustara. Eso se afirmaba en los jeeps. Ah, ¡la Grande, la Grande!, se suspiraba, pensando en tanta bebida y tanta mujer juntas. Mintiendo: Yo tengo en la Baña una trigueña que es la misma estampa de la Virgen Santa vestida de paisana. O si no: A mí de la Baña no hay quién me haga cuentos. Y se hablaba de tortuosos barrios, de bailarinas con todo afuera y que se mueven así y así. Para entonces, en el primer día de permiso, viajar a La Habana y andar en amoscados grupos de dieciocho, luciendo los revólveres, jugándose la pelleja en el tráfico.

Y regresando después a los brazos de la guajira cariñosa y paciente, y de nuevo volver a mentir en los jeeps: ¡qué mujer ligué en la Bana! Mientras la Inocencia guarda en su vagina todo el secreto del fracaso amoroso del conquistador de Condado.

PAREDÓN

> Este Tribunal, después de haber deliberado ampliamente, ha tenido a bien condenar a usted, por los hechos que se le imputan, a la pena máxima de muerte por fusilamiento.

Nos sentamos al pie del Bramadero a echar estos fuertes que la gente llama rompe-pechos pero que son de marca Vegueros. Eso hacemos Listo el Cojo, que le da por hacer poesías y esas cosas de los espíritus, y también el gordo Mongo Perdomo, con su cara bitonga y que con esa misma cara ya llegó a sargento, y yo.

Oiga, gordo Mongo, ¿por qué no fuma cigarros como nosotros?, le pregunto y él se queda ensoñado con su tabaco entre los dientes carcomidos.

Después de comida no hay nada como echar los cigarros aquí en el Bramadero y ligar el humo amargo y fuerte con el sabor petaludo que dejó la taza de café.

Y yo no sé por qué aquí en el Bramadero nos salen los chistes más fuertes sobre mujeres que hacen cosas muy malas pero que son muy buenas, y esas conversaciones que a mí no me dejan dormir después y que el poeta Listo dice que son sobre la filosofía y que, caballeros, me da un miedo cuando dicen eso de que el mundo no se acaba nunca y que Dios no existe. Yo quisiera que Dios existiera para saber qué va a pasar después de la ñampiola, pero el poeta dice que no hay nada, que mis ojos se van a convertir en una mata de mamoncillos o quizá de aguacate. Eso no me gusta. Porque va y Dios existe y uno se ñampea y llega allá arriba y él mismo pregunta, ¿así que usted es asocialista, eh? Me erizo de pensarlo. El viejo Dios interrogándolo a uno. Porque yo he visto los interrogatorios que hacen aquí a los bandidos y ellos no se pueden callar nada y lo dicen todo, para que al final los traigan a este mismo Bramadero y los afusilen. Y como Dios lo sabe todo y no se le puede engañar y decir mentira... Seguro que Dios me manda al bramadero que tiene allá arriba. Bueno, ¿y para qué? Si llego al cielo es porque ya estoy muerto... Estas cosas cada vez se me complican más. Yo le dije al poeta, anda, Cojo, no vamos a ir más a ese Bramadero donde se afusilan a los enemigos de la clase obrera y su aliado el campesino, que esas conversaciones y ese lugar me van a poner la cerebela hirviendo, pero él insistió y me preguntó si yo era bragao o guayabito del río y yo, que no soy guayabito del río, estoy aquí de nuevo, sentado al lado de los sacos de arena donde se incrustan las balas después de atravesar al bandido.

—Hoy habrá ñampiola —dice Mongo gordo con el tabaco en la boca.

—¿A quién? —pregunto yo.

—A Ñinga Mendoza, el de la banda del Látigo Negro.

—Ah —respondo yo—. Seguro que se porta bien. Dicen que se batió antes que lo capturaran.

—No —asegura Mongo Perdomo—. No he visto ningún bandido bragao cuando lo amarran al palo —y señala la estaca de madera buena, de caoba parada, a mi espalda, clavada entre los sacos de arena, un poco más alta que Listo el Cojo que es bastante grande, a pesar de esa pata renqueada que lleva —. Ahí no existe nadie que sea bragao.

—Yo conozco uno que se portó bien —dice Listo.

—¿A quién, a quién? —se molesta el gordo y se levanta de mi lado y yo lo miro desde abajo y lo veo a él y a toda esa loma escarpada y blanca que sirve de paredón. Una loma que parece pan cortado con cuchillo de cocina y donde una vez hubo cantera de cal pero donde ahora nosotros colimamos a los bandidos.

—¿A quién tú conoces que haya sido bragao en el palo?

El Cojo no se apura y termina la ultima chupada del cigarro. Le responde a Mongo Perdomo, el gordo:

—El Cornelio Pérez, el que pidió un tabaco por última voluntad y los del pelotón esperaban que la candela se fuera acercando a la boca y de pronto él mismo gritó fuego y las balas lo trozaron y el tabaco se quedó echando humo mientras él cabeceaba.

A Mongo Perdomo se le apaga su tabaco en la mitad y lo bota en vez de prenderlo otra vez. Dice: Bueno, pero sólo ese caso.

Era un bragao ese Cornelio, comento yo. Se ve que tenía las huevas forradas de platino, así de grandes, y abro los brazos a todo lo que dan para demostrar el tamaño de esas huevas.

GUANTANAMERA

La Guantanamera está hecha para cantar las tragedias de la calle.
Joseíto Fernández

Oye, ciudadano, ¿cómo te atreves a detener nuestra caravana de combate? Ningún miembro de la población está autorizado a detener el paso de las caravanas. Así dice el reglamento. Entonces, ¿cómo te atreves a detener nuestro paso? Según el reglamento, debí ordenar a los tanques que te aplastaran esa cabeza canosa. Pero te has salvado de milagro. ¿Ves qué grande es la caravana? Fíjate que hay yipis, carros de asalto y camiones de transporte. Es verdad que no tengo tanques al mando, pero cada camión pudo aplastarte la cabeza.

¿Y por qué haces todo esto? Resulta que lloras, te pones a estrujar el sombrero con las manos y me dices: comandante Bunder Pacheco, tiene que ayudarme.

Yo te perdono de morir aplastado, me apeo del yipi y pregunto inocentemente: ¿qué ayuda necesitas? Y resulta que tú estrujas más el sombrero y dices: se me alzaron los hijos y no me gusta pensar en hijos muertos.

¿Con que esas tenemos? Hijitos alzados. Los hijitos alzados. Bueno, está bien, son hijos alzados y se puede decir que todo tiene arreglo. Es en este momento cuando sucede lo terrible porque yo quiero saber cuántos son los hijos alzados y tú contestas:

Se me alzaron los nueve.

¿Sabes tú lo que son nueve hijos alzados? ¡Una banda completa! ¿Qué dices, qué? Ah, tú quieres morir primero y los hijos después, como Dios manda. Estamos de acuerdo. ¡Pero son nueve hijos alzados!

Bueno, bueno, no llores más. Te propongo una cosa. Vete pal monte y busca tus hijos. Tienes quince días para hacerlo. Ya sabes. Los buscas y me los traes. Si lo haces, entonces se te acabaron las penas. Eso lo juro. Quince días, un interrogatorio y los muchachones de vuelta a la casa.

¿Qué te parece?

¿Te gusta así?

Bueno, entonces no llores más. Y no vuelvas a detener una caravana de combate en los días que te quedan, que esas cosas se pagan con la vida.

BELISARIO EL AURA

Es que los niños bitongos del pueblo lo molestaban mucho en los días de cada año. Aura, aura, croac, le gritaban al paso siempre y se reunían frente a la casa de la telefónica, con ese azul letrero clavado en la columna del portal. Llamadas de larga distancia.

Fumaban de los rubios y vestían ajustado, mocasines, medias blancas y camisas de invierno con las mangas recogidas en el codo. Aura, aura, croac, le decían con voces cortantes, desapareciendo detrás de las puertas y ventanas, y volviendo a gritar desde otras puertas y ventanas. Aura. Desde que era Aurita, después de nacer, así le gritaban en el pueblo. Aura, croac. Y Belisario el encorvado, el de la nariz colorada, pagaba en silencio toda la desgracia del semen malo que lo hizo. Auuuraaa.

Antes molestaban más al hijo bobo de la Rosalía. Pero se murió. El nada más que era un poco trabado de la lengua y por eso lo admitieron de calzador de bandidos, en la primera escuadra, del cuarto pelotón de la compañía ligera de combate, y le entregaron una subametralladora T-25 de culatín plegable con cinco magazines de 40 balas cada uno. 200 balas en total. Vaya, Aura, le dijo el comandante Bunder Pacheco, vete a matar bandidos, y Aura se sonrojó apenado.

Tres meses después y al tercer día de salida Aura caminó por lo de la telefónica con el paso más marcial que pudo. Los niños le cerraron el tránsito y se lo gritaron. Auuraa. Y lo persiguieron un buen trecho hasta el final del pueblo. Auuraaaa.

Aura regresó al bohío. Su madre preparaba café. Aura fue hasta el patio y cogió el cubo donde calentaban agua sobre una fogata rodeada de ladrillos refractarios. Después ligó el agua caliente con una caldera de agua fría, y se bañó. De su mochila hecha con saco de azúcar extrajo un pantalón sedoso y una camisa de grandes cuadros amarillos. Todo de estreno. Decidió que lucía muy bien con ellos. A falta de cinto de vestir optó por usar la corre Ala militar. Un toque de vaselina en el pelo. Las botas lustrosas. Entonces tomó la metralleta de abajo de la cama y le zafó el peine. Rastrilló en seco la metralleta. Cien de puntación en el engrase. Volvió a ajustar el peine dentro del arma. Antes de salir, envolvió la metralleta en un papel de periódico.

Se encaminó a lo de la telefónica.

El arria de Pedro Maceo viene llegando al pueblo. Son ocho mulos y el suyo que hacen nueve. Y esa tarde piensa comprar dos mulos más a razón de 350 pesos. Lós comprará en la Agrupación. La temporada vino buena y hay pesos en el bolsillo. Aquí en el llano los cencerros se oyen menos y no campanean de lo lindo como sucede entre las montañas. Pedro Maceo puso un cencerro de sonido distinto en el cuello de cada mulo. Así los reconoce en esos pasos difíciles y bajo la tormenta, aunque los lleve amarrados con cabulla fuerte

igual que cadena larga de muchas patas. Pedro Maceo sabe que la Sierra es traicionera y cualquier mulo se despeña o se pierde, y de esa manera se le pueden perder dos quintales de café o de malanga. Entonces la Agrupación no paga y no hay más pesos en el bolsillo de Pedro Maceo y el dueño de la carga se molesta y dice: A ver, Pedro Maceo, ¿para qué sembré ese café, si usted lo ha perdido? A ver, Pedro Maceo, ¿cómo dejó esa bestia por el camino? Y a Pedro Maceo le gustan las cosas con responsabilidad. Le gusta que en el centro de la Sierra todos sepan que ahí viene su zurria, que reconozcan el gangaleo de los cencerros, oído de muchos kilómetros antes, y que también oigan su canción de jinete solitario y cumplidor. Aquí viene el arria de Pedro Maceo. Aquí viene el arria de Pedro Maceo. Y el que no crea en palabra de hombre, que coja miedo, que se busque un perro, canta el arriero y desenvaina su látigo. Hace estallar el fuete en el aire. Los muslos se apuran para que Pedro Maceo no los casque en el lomo. La mula guía es la mansa; se llama Girasol, y atrás de ella, a saber: Artillero, General, Mocho, Perla Fina, Gagarin, Teniente, y la más mala, Luna, la que amarra en lo último para que así no pueda patear en los hocicos ajenos. La suya, la que lo lleva, es buena y cariñosa y la bautizó igual que a la mujer. Haydelina. Ahora Pedro Maceo viene llegando al pueblo y dice: Girasoo-ool, sube la loma, Girasooo-ool, y espacia las letras, y sobre todo la o, que le permite ser ronco y suave a la vez. Paternal también. Ya Pedro Maceo rebasa la primera casa de Condado cuando oye los disparos secos, cadenciosos en larga ráfaga. Pedro Maceo ve que se cierran todas las puertas y ventanas, que la gente corre por los pasillos de madera, que se esconden. Pedro Maceo dice: Girasoo-ool, quieta, estése quieta, Girasoo-ool, que ya los hombres se están matando. Sooo. El arria se detiene y Pedro Maceo queda solo en la ancha y polvorienta calle central. A dos cuadras, en lo de la telefónica, hay un hombre de civil con un arma en la mano. Pedro Maceo puede ver el fogonazo insistente, amarillo y tembloroso. Hasta que el fogonazo desaparece y los tiros se acallan y Belisario el Aura da un manotazo sobre el lómete del arma y vuelve a presionar el gatillo pero las balas se acabaron. Frente a Belisario están los cuerpos. Alguien mueve las piernas. Un ojo arrancado de raíz, a los pies de Belisario, recuerda el calamar. Aquella mano se aferraba al piso pero en seguida se estuvo quieta. Sólo un cuerpo estaba separado de los demás. Boca abajo. Con las perforaciones en la espalda. Aura recogió el papel periódico del piso. Quería envolver la metralleta. El periódico se anegaba en sangre y lo soltó. Todavía era posible leer los titulares. Electo John F. Kennedy Presidente de USA. La sangre fluía de abajo de los cuerpos y corría por el portal y llegaba a la calle. Belisario el Aura, de momento, no supo cómo guardar la metralleta. Pedro Maceo dijo: Andando, andando, Girasoo-ool. Y se acercó a lo de la telefónica. Belisario se sintió embelesado con los pompones amarillo y rosa, y los flecos de terciopelo negro, verde, azul, que adornaban la montura de Pedro Maceo. El arriero vio los muertos, y le dijo, como a un hijo: oye, muchacho, ¿por qué has hecho esto?

BEBESÓN

Los vencidos deben callarse.
Saint Exupéry

VZ: modelo de ametralladora ligera para infantería, de manufactura checoslovaca. Puede operarse con magazines o cintas.

La acaricia, recorre todo su cuerpo y deja la mano empapada con el sudor, sube hasta el cuello y la siente fresca, la alza y se prende de ella como si fuera pecho de mujer. La garganta se pone contenta y después todo el cuerpo. El líquido fluye adentro igual que sangre. Se seca la boca con la mano y exclama: aah. Mira para la Juana atrás de la barra que busca otra más en la nevera y viene con ella bien sudada. El sudor de las botellas se esparce sobre la mesa de madera vieja, y se hunde en las grietas. La Juana pone la botella nueva y también pone un plato hondo colmado de masitas de puerco subidas de sai. La grasa burbujea sobre las masitas que tienen el mismo color viejo de la madera, y son suaves y jugosas hasta repugnar, entonces una larga mamada a la botella y las masitas vuelven a gustar.

Se traga la cerveza con gusto y de un respiro acaba con la botella. Coma masitas, sitas, capitán, tan, dice el señor Coto y le pone el plato en las narices. Ahora pide otra botella a la Juana. Tómese una, capitancito, ande, no sea mal educado do, y el señor Coto responde: bueno, sí, una sola que el doctor no me deja más.

—Eso es, el capitán se va a tomar una conmigo. Tu eres un hombre —y le sonríe con la boca ahogada de cerveza que se le sale por las comisuras— ¡Juana, ponga aquí pal capitán Coto!

—Ya no soy capitán —murmura—. Sólo soy un libertado provisional.

—Oh, sí, como no. Bueno, no. Te quitamos los grados. Jep —cierra el puño sobre la boca y eructa—. Ahg. Te quitamos los grados.

El señor Coto se tomará sólo ésa. Que no puede evitar la invitación. Se vería mal. La Juana pone dos botellas y se lleva la vacía. Las burbujas ascienden hasta el cuello de la botella del señor Coto y estallan en la superficie.

Los dos tragan del pico. El vezetero se recuesta sobre la mesa y quiere saber: ¿aquella vez te dolían mucho las patas tas?

—Sí, je, yo estaba empecinado en que me dolían —le responde el señor Coto y toma cerveza y después pone la botella sobre la mesa para que las manos descansen en las ruedas que alguna vez pertenecieron a una carretilla y

que ahora están armadas en su silla—, yo creía que me dolían y ya no las tenía con el cuerpo.

Buena puntería que tiene usted con esa vezeta.

EL HONOR LIMPIADO

El viejo labrador se atrevió a decirle:

—Ya es un poco tarde. Oiga los gallos. Ellos dicen lo tarde que es. ¿Por qué no va un rato a su casa y descansa un poco esa cabeza joven? Todo tiene arreglo. Siga los consejos de una persona mayor. ¿Por qué no va a su casa?

—¡Nada! —ordenó el miliciano sentado en el taburete, al lado de la mesa donde puso la subametralladora y el cinturón con la peinetera de ocho magazines. Tenía el taburete recostado a la pared. La camisa desordenada y por afuera del pantalón. El sueño le iba pesando en los párpados.

—He dicho que nada. No se dormirá en esta casa hasta que mi honor de hombre quede limpiado. Y bien limpiado. Que brille.

El viejo volvió a repetir lo que venía diciendo desde el mediodía: ¿pero de qué manera lo podemos limpiar? Fíjese que ya es muy tarde.

—Tú también eres buen zorro, viejo. Cállate ya. Me preguntas cómo limpiar mi honor. Todavía no se me ocurre. Y sin embargo, algo por adentro me dice que la venganza debe ser terrible y larga. No puede ser de otra forma. Se ve que tú no estabas hoy en esa barraca. Dices que arreglemos mañana estas cosas. Las cosas del honor no pueden esperar —sentenció con firmeza y enseguida se apretó las sienes para exprimirle alguna idea al cerebro.

—¡Ay, que no se me ocurra nada que sea de venganza!

La Florentina, sentada entre sus padres como escolar castigada, había perdido el brío de sus caderas de timón y ahora el lacio pelo negro caía desganado sobre los hombros y su piel parecía fundirse en una sola pieza con la ropa. Esa única pieza era un pañuelo estrujado y húmedo.

—Tú no sueltes más mocos por esos ojos —le exigió el miliciano que remató con ¡bandolera!

—Eso sí que no se lo permito —saltó la madre que parecía dormida.

¿No qué? —preguntó el miliciano y tomó la subametralladora de arriba de la mesa—. ¿No qué, a ver?

—Por Dios, no haga eso —dijo la madre.

Y él siguió hablando:

—¿No qué? ¡Quién le manda parir bandoleras?

Un largo sollozo se le salió a la Florentina del alma.

Por fin el miliciano se echó a llorar también y sacó un papel del bolsillo. Era una hoja a rayas, arrancada de libreta de primaria, donde la Florentina escribió con trazos grandes y esparcidos. ¿Usted vio esto, viejo? ¿usted lo vio bien?, dijo entre sorbos de lágrimas.

—Sí, hijo. No he visto otra cosa desde el mediodía. Cuando tú llegaste.

—¿Pero usted leyó bien lo que dice? Vea aquí. ¡Los caramelitos que me mandó estaban muy ricos! ¿Usted leyó eso? Y aquí, aquí, vea aquí. Si tiene ropa churriosa mándemela para lavarla. ¿Ve usted? —y ya lloraba con

verdaderos deseos, deshaciéndose del nudo en la garganta que se le hizo cuando el instructor de la compañía lo llamó.

—¡Ey, Ramón Palomo! —gritó el instructor desde la puerta de la barraca.

—Oiga, Ramón Palomo, ¿usted conoce a una tal Florentina López? ¿una que vive cerca del sitio de sus hermanos?

—Claro, compañero instructor, que ésa es mi novia, mi prometida oficial que ya fue pedida en mano como siempre corresponde.

Y el instructor le dijo:

—Pues tenga cuidado con esas prometidas que se cartean con los bandidos —y dejó caer una hoja escolar, primorosamente escrita y doblada con sumo cuidado.

La carta quedó en el piso de madera, abierta a la mitad. En la barraca se hizo el mismo silencio que había cuando Dios aún no pensaba en hacer el cielo y la tierra.

—¿De dónde? —le tembló la voz a Ramón Palomo.

—De ese Rosalío Valdés que cazaron ustedes ayer cuando trató de romper el cerco.

El instructor dijo entonces: Bueno, apúrese para el ejercicio. Y dio media vuelta, dejando libre la entrada.

Ramón Palomo zafó los cordones y se quitó las botas. En la barraca seguían sin hablar. Ramón Palomo se acostó en su litera. Los milicianos comenzaron a salir de la barraca y al llegar a la puerta se tomaban el cuidado de bordear la cauta.

Salieron todos.

Entonces, Ramón Palomo se acercó a la puerta.

Al otro día, a las nueve de la mañana, el padre de la Florentina caminó desde su casa hasta una tabla de yucas que preparaba. Cuando regresó, en la tarde, aún Ramón Palomo dormía con la cabeza tirada sobre la mesa y la subametralladora en los muslos. El viejo trajo su propia almohada. Una blanca almohada. Y se la puso a Ramón Palomo debajo de la cabeza. Ramón Palomo no se despertó. La madre de Florentina decidió guardar la subametralladora en el escaparate, no fuera a ser cosa que se disparara sola.

Ramón Palomo abrió los ojos a las nueve de la noche y se tomó un plato de potaje que le brindaron y sirvieron. Pidió su arma y salió sin despedirse.

La Florentina, que se encerró en su cuarto desde por la mañana, no volvió a salir en muchos días. Andando el tiempo y por casi todo un ano, cada vez que la Florentina bajaba al pueblo, la gente hacía comentarios a su espalda.

MELO

Le pregunté a Melo: ¿por qué lo hiciste?

—Yo sé que no hice bien, amigo. Ya lo sé y te ruego que no me tortures más.

Y entonces él me preguntó:

—¿La gente se puso molesta conmigo? ¿La gente no quiere hablarme?

Muy molesta, respondo. Es que no estuvo bien.

—Oye amigo... —fue a decir algo pero se quedó ahí.

—Sí, hice mal —dijo en seguida.

No había ninguna razón en el mundo para que lo hicieras. Pudiste hablar con nosotros, ¿o no somos amigos?

—Somos, claro que somos.

Entonces, ¿por qué, Melo?

—Na. Cosas que tiene uno, que le pasan por aquí. Por la cabeza —y se señaló en la sien.

—Pero, dime, amigo, ¿la gente no quiere hablarme?

No, Melo. No quieren.

—Ya veo que hice mal de veras.

Melo se levantó de la silla —atrás del buró— y se sacó de los bolsillos un poco de pesos doblados a la mitad. Los había de esos azules, que son de a veinte. Melo tiró los billetes sobre el buró y los billetes se esparcieron. Melo dijo: aquí están y así se cierra la mitad de la cuenta.

—La otra mitad la cierro ahora.

Traté de detenerlo y sin embargo no me dio tiempo. Melo habló más: dile a los amigos que no soy un berra. Y abrió la gaveta. Allí estaba su Brownie, la que él mismo compró en Bruselas, y debió estar cargada porque sólo hizo meter el cañón en la boca y sonó el disparo. La Brownie quedó en el aire. Los brazos hacia el techo terminando en unos dedos electrificados. Su cabeza desnucada se viró atrás y los dientes estallaron afuera. El cuerpo siguió a la cabeza, arqueado en su centro, y cayó sobre la silla, que se estremeció bajo su peso y se derribó a la derecha. Melo llegó primero y la silla quedó sobre él. La Brownie a los pies. Y yo sobre el buró, con el uniforme manchado del tintero que se abrió. Todo el uniforme manchado de azul-negro. Como si fuera sangre vieja. Sobre el buró, boca abajo, y con las manos asidas en el aire. ¡Melo!, exclamé.

Los demás llegaron a la oficina y alguien aseguró que aún Melo respiraba. Está muerto, respondí. Aún respira, dijo el médico de guardia del Hospital Militar. Aún respira pero de nada le vale. Si quieren ir a la sala, pueden hacerlo.

Entramos.

Melo estaba muy quieto bajo la jaula de nylon de la cámara de oxígeno. Le

entraban dos tubos amarillos por la nariz. Sus manos yacían en ambos lados. El pomo de suero colgando de la cabecera y conectado al brazo izquierdo por una goma transparente. La sábana salpicada de sangre. Burbujas rojas en su boca. Olor de alcohol. Se oía el paso del aire en su garganta desgajada y sorprendida. Entramos todos en la sala sin saber bien dónde ponemos.

Hola, amigo, lo saludé. ¿Cómo te sientes?

Melo no respondió.

Vine a despedirme, amigo, seguí diciendo. Es bueno poder despedirse.

Algún oficinista del Estado Mayor le dijo: es una lástima que no hayas muerto en combate.

Melo, volví yo, ninguno de nosotros piensa que eres un berra. Ya eso lo olvidamos.

Melo sonrió.

¿Eso te hace feliz, amigo?

Melo asintió, sin dejar de sonreír.

A nosotros también nos hace felices.

El oficinista del Estado Mayor habló de nuevo: nosotros te perdonamos.

Bueno, amigo, bueno, le dije, entonces todo queda saldado. Vamos a despedirnos. Y le estreché la mano derecha. Los demás hicieron lo mismo. Cada cual le dijo: adiós, Melo. Y él se estuvo vivo un rato más, hasta que vino la enfermera y apagó la cámara de oxígeno, recogió el nylon, sacó los tubos amarillos de la nariz, quitó el suero y le puso la sábana manchada sobre la cabeza.

LA VANGUARDIA

Salió su foto en el periódico y muchas letricas abajo de la foto lo decían:

Teniente Bombillo, de 48 años de edad, elegido combatiente de vanguardia para la construcción del Partido en su unidad de calzadores. Fue propuesto por todos los compañeros en la asamblea, que alegaron: "El teniente Bombillo es siempre el primero en los peines, el que va adelante, como la bandera roja de la victoria". En unas palabras a este corresponsal, Bombillo añadió: "Yo sí que soy de Patria o Matao. ¡Lo mío es tan grande, chico!" (Berildo Capote, corresponsal).

Bombillo se aprendió de memoria el periódico y recortó su pedacito para hacerle un marco y clavarlo en la pared de la casa. Pero todo sin personalismos porque hay que dar el ejemplo a la tropa y a esos muchachos nuevos que vienen despuntando.

El día 4 de abril a las cuatro horas, lo despertaron la gente del Estado Mayor y de la Seguridad: había operación contra la banda de Tomasa el Blu. El comandante Bunder Pachecho informó a Bombillo el lugar que debía peinar, entre la finca de los Limonares y el terraplén de Vieja Chula.

Bombillo preguntó a la gente de Seguridad: ¿Y de verdad que Tomasa el Blu anda por ahí?

Eso es más seguro que lo seguro, le respondió el rubio de la Seguridad.

Bombillo: Ah, ¿y dónde se supone que chocaremos?

¿Tú te acuerdas dónde está la casa de los Limonares? Pues un poquito más atrás, como a diez cordeles... En lo del río seco, en las piedras grandes... el viejo Limonares nos dijo que los vio allí y que le pidieron comida.

Bueno, bueno, que dentro de media hora mi tropa sale, dijo y se despidió del comandante Bunder Pacheco y de la gente de Seguridad.

Una casa de curar hojas de tabaco servía de albergue a su tropa. Colgaron las hamacas de los horcones. Ahora se levantaban y se movían los hombres perezosos. Caminaban cargados de sus huesos y de primer intento las botas no querían calzar. Después el escaso desayuno servido en las cacharras de campaña: un café con leche dulzón y requemado; luego el placer sensual del tabaco, o la tranquilidad de un cigarro rubio, del humo botado de los pulmones, ascendiendo tranquilo y disipado junto con el amanecer. De pronto, la voz: ¡a los camiones!

Y allá van los Zil y los Gaz, abarrotados de soldados friolentos acurrucándose unos con otros, bajo los escasos nylons, mientras, en cualquier monte, los bandidos no saben que la tropa de calzadores se acerca.

Los camiones se detuvieron en la carretera y Bombillo fue llamando a los jefes de compañía. Los reunió al lado de un almácigo y sobre el mapa dio las instrucciones. Con el batallón, si ponemos un hombre a cada metro, entonces podemos hacer peine de un kilómetro más o menos, enseñó Bombillo sobre la

carta, trazando flechitas rojas sobre la raya que venía a ser la carretera donde estaban los camiones y entonces alargó con el creyón las flechitas hasta otra raya, esta vez azul, que corría paralela a la carretera y que era un río a 10 kilómetros de allí. Hasta el río debemos venir, dijo Bombillo. Los jefes de compañía asintieron y se dio la orden para que los cazadores bajaran de los camiones. Se apearon y cruzaron de la carretera al campo. Las compañías se alinearon a lo largo, una al lado de otra. Bombillo vino a ocupar el centro de la formación y alzó la mano izquierda sobre su cabeza. Gritó: Adelante, ¡adelante! Y echaron a caminar. Enseguida Bombillo ganó ventaja sobre todo el batallón y metro a metro fue dejando atrás a los hombres hasta que empezaron a ser muñecos verdes que se quedaban muy atrás.

De adentro de la casa de los Limonares vino el saludo: ¡Jeyyy, Bombillo!, ¿cómo anda esa vida? Se detiene y le hacemos café.

Ahora no puedo, le dijo el teniente Bombillo, sin detenerse, ahora no puedo que soy hombre en guerra. La FAL ya me pica en las manos y quiero sangre de bandido.

Jayyy, ese Bombillo malo, dijeron los Limonares.

Atrás la tropa apuraba el paso. Ahoritica el jefe encuentra al bandido, él solito; hay que mover estas patas.

Llovió en la tarde anterior y la superficie de la tierra estaba gozosa por el alimento. La hierba crecida brillaba y a la res se le complicaba el estómago por tanta vida y a puros cagalones se iba. Bombillo se detuvo a pocos metros antes del cauce seco. EU FAL hacía perfecto juego con su cuerpo, acerado y largo; la cabeza de aguacate boca abajo, ancha y masuda arriba, afinándose en lo bajo, en la quijada. Sus largos pies de patilla bien arreglados sobre los cachetes hundidos. Aunque ya la piel estaba cuarteada, estirándole los ojos, agrietada la boca. Bombillo dijo con voz queda:

—¡Tomasa!

La naturaleza a su alrededor traqueteó. Oyó el burunal de las piedras que una vez estuvieron bajo el agua dulce; varias voces: Eh, eh, qué.

—¡Tomasa, soy yo, Bombillo, Bombillo!

La cabeza, acompañada del cañón de una Thompson, surgió frente a él. Sí, Tomasa, es Bombillo, dijo la cabeza. Tomasa apareció a la izquierda de Bombillo, atrás de unos matojos de limón. ¿Qué le pasa, Bombillo?, preguntó el Tomasa, fatigado, con la larga y sucia melena tocándole los hombros. La derruida camisa de faena. Los dientes cariados por la mala comida. ¿Qué pasa Bombillo? La cinta de balas 30 alrededor del pecho, sobre las medallitas religiosas y algunas oraciones bordadas en tela roja y negra.

—Oiga, Tomasa, corra ahora mismo que allá atrás viene mi gente. Vayan ustedes hacia las estribaciones que yo sigo con la tropa para arriba.

—Bombillo, ¿tienes cigarros?

—Tengo. Coge —y Bombillo le dio dos cajas de Vegueros y algunos tabacos—. Oye, Tomasa, ven mañana por aquí, tienes que hacer una visita al viejo Limonares... él te echó palan te con Seguridad.

—Ah, conque Limonares, ¿eh? —meditó Tomasa el Blu, mordiéndose los labios—. Mañana vendremos entonces.

—Tomasa, por favor, ahora vete.

—Bombillo, ¿cómo andas de dinero?

—Estoy mal. Apúrense de una vez. Yo te mando más cosas con el Yeyo. Vete.

Se escucharon voces. Los tres bandidos recogieron las mochilas y caminaron unos metros por el cauce seco. Tomasa se viró hacia Bombillo: ¿hacemos lo de los tiros?

—Claro —respondió Bombillo y le dio las espaldas. Apretó el gatillo de la FAL y las balas se salieron. Un proyectil trazadora dio de refilón en una ceiba madura y salió despedido arriba, perdiendo su velocidad inicial, pero dibujando una luz roja en la mañana, que despacio subía y allá arriba se apagó.

Tomasa y su gente también hicieron algunos tiros al aire. Los de la tropa se volvieron locos y llegaron corriendo a donde Bombillo. El teniente Bombillo, airado, gritó: ¡vaya cará, menos mal que llegaron ya! Señaló hacia un descampado. ¡Van por allí!, gritó y la gente puso tronera de fuego al vacío. Bombillo se irguió en sus seis pies y alzando el brazo izquierdo exigió de los hombres: ¡Adelante, adelanteee!

ENVÍO

Documento encontrado en la mochila de un bandido muerto en combate el 11 de mayo de mil 962:

Señor Rosalío Valdés, Dios y la virgen quieran que cuando estas líneas lleguen a sus manos se encuentre gozando de buena salud. Señor, la presente es para dar contesta a su adorable carta y al mismo tiempo decirle que no piense más en mí y siento no poderlo complacer. Yo sé que está enamorado de mí pero usted debe darse cuenta que yo estoy comprometida y no puedo aceptar su santo amor aunque sé que usted se lo merece por tan bueno. Yo, figúrese, cómo voy a dejar un compromiso por otro y piense lo duro que es para mí. Yo a usted le cogí buena amistad y nada más. Ya sabe que de interés no puede haber nada. Yo siento de todo corazón que se haya molestado de esta manera, pero yo no puedo ser de otra forma. Ah, si yo no tuviera compromiso fuera muy distinto. Yo siempre le tendré buen afecto pero de intereses nada. No me vuelva a escribir y me da mucha pena decírselo pero no me queda otro remedio. A mí me place ver su letra. Escriba como amigo pero de intereses nada. No le escribo más porque temo que me vean. Sin más se despide de usted quien le desea que Dios lo acompañe siempre y le ayude. Sin más, reciba un saludo cariñoso de

Florentina López.

Nota: Muchas gracias por los caramelitos tan ricos que me envió. Si tiene ropa churriosa, mándemela con los muchachos, para arreglársela, sin más

Florentina López

LA LLORONA

Jefe —dice un cazador al lado del sargento Rembert—, jefe, qué molesta es la guerra. Hoy nos despertamos y ni siquiera agua pa enjuagar la cara. Orinar. Solamente eso. Nada pa meter en el estómago.

—Ni café —dice Rembert.

—Jefe, qué molesto es dejar la cama caliente pa ir a peinar ese maniguazo cundió de balas y mosquitos.

—Eso —dice Rembert.

—Jefe, ¿y si hoy es mi día? Va y me matan en ese cerco y ahora yo no lo sé. Me muero sin desayunar, jefe.

—Guareao, Guareao —dicen desde lo último del camión—. No empieces con tus cosas.

Iban rumbo al cerco del río Jatibonico. Diez camiones gaz con cuatro compañías ligeras, armadas de lo necesario, incluyendo las ametralladoras medianas del siete punto.

El Guareao, con su bigote fino de enamorador del monte, con su pelo negro y espeso, empegotado de vaselina, se estira a todo lo que puede y deja las largas piernas sobre la mochila de La Llorona.

—Oye, oye —reclama La Llorona—. Oiga, jefe Rembert, mire a éste como ensucia mi mochila.

—Ey, Llorona, no empieces con el llanto —dicen varios a la vez, como en una consigna repetida durante días.

—Jefe Rembert, dígales que no empiecen.

Rembert lo dice: vamos a ver. No jueguen así con La Llorona. Es casi un niño, y vean, de nada se hiere y llora.

—Sí, Llorona, límpiate los lagrimones —dice Guareao.

—Yo soy macho a todo.

—Nié, Llorona, nié. Los hombres no lloran —asegura Guareao.

—Vamos, vamos —exige el sargento Rembert.

—Jefe —le explica el Guareao—. Hoy estoy molesto, jefe. Y si un bandido se me rinde pues lo mato de todas todas.

—Estás guapo —le responde Rembert—. Mata a ese bandido que tú dices a ver si así se acaban pronto.

—Sí, que se calle el Guareao —pidieron otros.

Rembert encendió un cigarro y algunos lo siguieron. Sin embargo, así, sin café, los cigarros saben mal. La Llorona comenzó a trajinar en su mochila de fabricación casera. De al lado del radio transistor, sacó una lata de leche condensada. Guareao se quedó extasiado con el radio, un Sonny japonés, regalo del comandante Bunder Pacheco, que había traído de su viaje a Europa. Un transistor apenas mayor que cajetilla de cigarros. Fue la mañana que Bunder Pacheco descubrió al soldado La Llorona en la formación de Condado

y vio aquel pelo oro sucio, el rostro tiroteado de pecas, la camisa de mezclilla azul, el pantalón olivo remendado y la bayoneta del M-52 levantando tres pulgadas por encima de su cabeza. Aquí no quiero niños, le dijo Bunder Pacheco delante de todos. Fue la primera vez que vieron llorar a La Llorona. Desde ese día se le quedó el nombre. Y el radio. Que se lo regaló Bunder Pacheco a ver si dejaba de gritar.

—¿Y eso qué es? —pregunto Guareao.

—Déjalo quieto. No lo toques. Si quieres te doy leche. Pero no toques el radio.

—¿Qué te pasa, Llorona? Si yo no me voy a comer ese radio.

—Deja verlo, Llorona —dijo Rembert.

Era el jefe y La Llorona se la dio sin muchas ganas.

Rembert preguntó: ¿Me lo dejas encender?

—Sí, jefe Rembert. Y si usted hace el favor no lo use mucho que se acaban las baterías.

La Llorona abrió su lata de leche con una bayoneta que usaba Guareao. Una bayoneta de Springfield. Una larga bayoneta que no se sabía de dónde la había sacado.

La Llorona fue pasando su leche por los veintiún hombres del pelotón. Los cazadores se prendieron de la lata que alcanzó a durais penas para todos. Nadie dio las gracias, y se creó un extraño ambiente de neblina guindando sobre los hombres, acompasada, ondulante; de rostros hambrientos que no hablaban y dejando entrar por los oídos la voz del falsete; de cuerpos ateridos y manos negras asidas a los fusiles; de labios gruesos traídos de Africa, cuarteados, embriagados del coro de vaqueros blancos; el ronroneo de los motores y sobre ellos el quejido del saxofón, hasta que Rembert apagó el Sonny. Entonces Guareao preguntó:

—Oye, Llorona, si te topas con un bandido, ¿qué le haces?

—;Qué harás, Llorona?

—Habla.

—¿Qué harás? —preguntaron los otros.

—Vamos, vamos —exige Rembert.

Los camiones se detuvieron y los cazadores asomaron sus cabezas y vieron que ya habían llegado. El comandante Bunder Pacheco y sus oficiales fueron de camión en camión, hablándole a cada jefe de grupo. Luego se reunió con los informantes y preguntó: ¿dónde está el bandido?

—Aquí —dijeron los informantes y señalaron un lugar en el mapa.

Antes que el sol asomara, las compañías iniciaron la operación de peine. Catorce horas después, a las ocho pasado meridiano, y cuando el sol se escondía, el comandante Bunder Pacheco ordenó detener la operación de peine. Hasta el otro día. Esperar que amanezca. Dislocarnos aquí.

Las compañías fueron retiradas en una línea de tres kilómetros.

—¡Han matao a La Llorona!

—Mataron a La Llorona, jefe Rembert.

—¿Qué, qué dicen?

Tiene un hueco grande en la espalda, así es, es lo que dicen. Y traen a La Llorona. El Garand abrió un fino hueco en el pecho. Atrás en la espalda aflora el boquete de salida. Los bandidos sorprendieron en los cantilones, en el momento del repliegue para la espera del amanecer.

Ey Llorona, nada de lágrimas ahora que de ahí enfrente disparan los bandidos, le gritaron y un instante después se le viró el cuerpo en lo redondo, sobre la derecha, y se revolvió en la tierra disparando su M-52 al aire.

—Llorona, habla —le dice el sargento Rembert.

—Jefe Rembert, fíjese que no estoy llorando. Tengo los ojos secos.

El Guareao lo sujeta por las axilas. El Guareao está llorando. Lo han matao, jefe, dice. La Llorona se estremece.

Lo montan en el jeep de Bunder Pacheco y le ponen la mochila abajo de la cabeza. Rembert lo acompaña y el jeep se pone en marcha. El chofer aprieta el acelerador y lleva la aguja a los 100 kilómetros por hora.

—Apúrate —le dice Rembert al chofer—. Apúrate a ver si llegamos antes que la ñampiola.

—Jefe Rembert —pide La Llorona—. ¿Me pone la radio?

El sargento Rembert busca adentro de la mochila y por fin encuentra el Sonny. Lo enciende y como es transistor enseguida se escucha:

Desde Washington trasmite la Voz de los Estados Unidos de América.

Rembert golpea el dial del Sonny y le dice a La Llorona: que hoy estamos de mala suerte. La Llorona asiente, o eso cree Rembert porque La Llorona lleva la cabeza adelante hasta que la suelta colgando a la espalda y se escucha un silbido de neumático que se desinfla y el silbido se apaga cuando el pecho de La Llorona se aplaca bien quieto y un jirón de sangre queda pendiendo de su boca.

—¡Ya! —grita Rembert.

Y el chofer le pregunta: ¿Qué dice usted?

—¡Que no corras tanto! Ya no hace falta correr.

El jeep se detiene en el terraplén y los tres hombres y la máquina se quedan muy solitarios en el universo. A lo lejos se divisa el resplandor del pueblo Jatibonico, con su tranquilo y limpio hospital de losas azules. Rembert se apea del jeep y busca en el cielo. Costumbre heredada de cuando creía en Dios. Un Sputnik se desplazaba sobre su cabeza. Rembert lo vio.

LOS CONDENADOS

Si usted viene en jeep del ejército se pone enseguida. Doble en la torre de Iznaga y tumbe hacia la montaña. Después del puente, a la izquierda, está el cementerio y de ahí para allá cogiendo siempre a la izquierda se topa con el campamento de nosotros los guardias rebeldes, pero si sigue recto y no dobla en el cementerio entonces después de la bajada está el pueblo. Afuera en la carretera hay un cartel que dice el nombre de todo esto con una flecha negra.

CONDADO 8 KILOMETROS

Y si sigue por la vereda del pueblo ya se llegó a la montaña. Si va a la montaña, lleve pistola aunque yo prefiero la pepechá porque son setenta y dos balas en el disco y porque nunca he capturado pistola, ni siquiera un revolvito.

Cantimplora no hace falta porque hay mucho arroyo, mucho de agua fértil, sabrosa para tomar. Si es en la zona de Manicaragua ahí se secan las cañadas muy a menudo. Hay pejes. Pejes hay. Pocas truchas pero bastante jicotea, jubo, guayacones, y la rana toro que acaba con todo. Hay biajacas y donde abundan las biajacas el agua no se seca.

Animales de los de arriba hay un saco, como ese bayaya que es un bicho más grande que la lagartija, de color prieto y que pesa media libra. De los majases sépase que hay dos, el que pare y el que pone. El que pare es más cortico y más grueso; el que pone es guareteado, flaco y largo, y se come las gallinas y las jutías.

Está el perro jíbaro que hace liga con el criollo y el puerco jíbaro para la parte central de la Sierra.

De los que vuelan vea usted la abeja de tierra que hace su nido en el suelo pero nadie se lo encuentra. El facón, ave mala, de rapiña. Las mariposas beldonas, de color verde por arriba y coloradita por abajo.

La tierra es buena. Tierra prieta, tierra colorada, tierra blanca. La mejor es la prieta: gruesa y grasosa. En Manicaragua hay una tierra arenosa que resulta muy floja.

Hay piedra. Cantidad de piedras. Piedras como huevos y como cráneos despedazados, astillados. Piedras agrietadas, gritando su inmovilidad bajo el sol. Y alrededor de las piedras defecan las auras y abajo de las piedras patalean las alimañas y la Sierra vive y se alimenta de su propia carroña y a la rata gris se le abrió la nariz como flor reventona pero más rápido porque olfateaba lo que había adentro de esa piedra blanca con una grieta en el medio. Entonces decidió entrar. Empezó con la corredera y a pegar el hocico en todo lo que veía. Se llenó el cuerpo con el aire húmedo de la piedra y ya no se apuró más. El lugar le gustaba.

El majá viejo, morador de la grieta, dejó que se acercara otro poco y cuando

estaban hocico con hocico se paró igual que letra ese. De golpe. La rata se quedó más blanca que la luz. El majá que era viejo y que de eso sabía, le sacó la lengüita para idiotizarla y no para burlarse. Las dos puntas de la lengüita se le movían como dedos de mujer ballusera. Ven, le decía y se lo decía suavecito y acariciador. Y la rata de tan boba se idiotizó.

El majá se tiró de un latigazo sobre la rata y la enroscó. La rata lo sintió y al principio era suave y con calor. El viejo quería triturarla y después zampársela como si fuera boniatillo. Tendría alimento para 21 días. La rata oyó sus huesos que reventaban adentro y el estómago se le puso en el cuello y la lengua no quería quedarse donde tenía que estarse; el aire húmedo que emana la roca no le pasaba del hocico para adentro. La boca se le abrió sin que ella quisiera y de puro odio la cerró para que el aire se quedara y lo que se le quedó entre los dientes fue el pellejo del majá y el majá se asustó. Aquel majá que apretaba, empezó a patear con la cola. El pellejo le sabía baboso y grande a la rata. A medida que mordía con más fuerza sentía los huesos regresar a su lugar. El majá apretó todo su cuerpo para terminar de prepararse la comida. Los dientes de la rata chocaron adentro del cuerpo del majá.

De un fuetazo el viejo majá abrió sus tres metros de hambre y cayó en la misma salida de la grieta, con su bocaza arqueada y dolida.

La rata rebotó en la roca y se paró sobre sus cuatro patas. Se miraron. El majá viejo ya no quería idiotizarla con su lengüita, temía que la rata le diera más dolor en el costado y de tanto miedo no se movió de la salida. La rata no hizo nada por salir porque temía que el viejo, frente a ella, volviera con su apretadera. Así mismo murieron los dos, de hambre.

Afuera vuelan los murciélagos frugívoros y los insectívoros, la jutía conga y el carabalí, el totí, los gavilanes y la ciguapa. Crece la orquídea silvestre y el flamboyán azul y el helecho arborescente de hojas grandes con espinas. Y si usted baja la loma se encuentra con el pueblo donde la prima Juana hace bisteces con cebollitas y siempre tiene cervezas frías. Eso está enfrente del teléfono y al lado del sitio de Perico el Grande, que es un enano y que le dijo a Seguridad dónde se escondía la gente de Osvaldo Ramírez. Aunque le voy a decir que nosotros estamos a la izquierda del cementerio después que se pasa una piedra blanca con una grieta en el medio.

ADIÓS

La carretera estaba muy solitaria como siempre a esa hora. Tapada a todo lo largo y ancho con una capa de neblina deshilachada, estática en el espacio. Una serpiente lumínica se arrastraba rumbo al cerco. Los hombres soñaban en los camiones. Los fusiles despuntaban arriba, aguantados entre las piernas.

Los spot lights se proyectaron sobre el primer pueblo y desnudaron las aceras vacías y mostraron un campesino a caballo con las cántaras de leche recién sacada de las tetas.

Allí estaban todos. Dejaron vacío el campamento de Condado. Los cazadores abrieron boquetes entre ellos haciendo lugar para que ahí se sentaran sus muertos.

Media hora atrás habían dejado Condado, con las celdas abiertas porque ya el bandido estaba condenado.

Sólo el Artillero se quedó entre las paredes inútiles gritando desesperado a la luna que ya se iba, corriendo desde el Bramadero hasta la caseta de la posta, husmeando con su hocico caliente abajo de las literas defondadas con esas colchonetas heridas de vejez y que muestran sus mondongos de trapo a colores.

Artillero recorre las celdas y no sabe qué utilidad tienen esas rayas grabadas sobre los ladrillos blancos y que lloran ¡Madre! Y aquí estuvo Ñinga Mendoza.

Allí en las celdas Artillero se hace de una sábana que es como una mar blanca. Artillero se hunde en la mar y la muerde y se baña en ella hasta que se cansa del juego y va por su amigo el de la cocina. Sin embargo el amigo tampoco se encuentra donde siempre. Solo las calderas sofocadas donde yace el óxido ligado a la costra de carne.

Artillero se ha quedado definitivamente solo y deposita su hocico entre las patas delanteras.

Mientras, los cazadores se acercan al objetivo.

En el jeep de la vanguardia, la gente de Seguridad le muestran a Bunder Pacheco un mapa y dicen: aquí está Blas Tardío.

Aquí se esconde Blas Tardío.

El comandante Bunder Pacheco se desencaja la boina para sentir el aire madruguero jugándole en el pelo. ¿Quién lo iba a decir?, dice Bunder Pacheco. ¿Quién lo iba a decir? Nadie nos podía decir esto.

En uno de los últimos camiones, el soldado Guareao pregunta al sargento Rembert: Jefe Rembert, ¿acaso hay más frío hoy que otro día?

—No, Guareao —dice Rembert.

—Jefe Rembert, ¿tampoco hay más calor?

—No, Guareao. No hay más calor.

—Entonces, ¿es un día como otro cualquiera?

—Como otro cualquiera, Guareao.

—No debía ser así, jefe Rembert. ¿Qué cree usted?

—Que no debía ser así.

—¡Ay, qué ganas de llorar! —dice Guareao y encaja la cabeza entre las rodillas para soltar las lágrimas sin consuelo.

Desde el fondo del camión alguien busca entre sus bolsillos y por fin encuentra la cajetilla de cigarros. Me quedan cinco, dice y los reparte. Al rato le toca a Guareao el turno del cigarro que tiene Rembert. Guareao solloza y restriega las lágrimas con el puño sucio de su camisa. Guareao murmura: el último compartido.

—El último —repite Rembert.

Y Guareao le chupa el humo al cigarro y se queda con él adentro.

—Oiga, oiga, jefe Rembert, ¿nos recordarán?

—No sé, Guareao.

—Jefe Rembert, seguro que hacen estatuas de nosotros. Estatuas bien grandes y con muchas luces.

—Puede ser.

—Ojalá que hagan estatuas y que así nos recuerden, ¿no cree, jefe Rembert?

—Ojalá, Guareao.

—¡Ey, Guareao, termina con tu parte y pásalo! —le gritan desde la neblina y Guareao apura otra fumada y se lo entrega al que espera.

—Jefe —susurra Guareao—, ¿lo hacemos?

—¿Tú quieres, Guareao?

—Sí, jefe Rembert —le dicen a coro en el camión.

Rembert se acuclilla y trajina en su mochila. Saca de adentro un Sonny japonés y abre el obturador.

Sobre la carretera corrió una marea espumosa, espesa y lenta, y parecía que los camiones se internaban en una catedral de paredes labradas con esperma de cirios. En todo caso, los cirios ya estaban apagados y la esperma se había petrificado en mármol. Pero un mármol viejo y amarillo, igual que el de las tumbas centenarias en el cementerio de Condado. Esas tumbas hundidas en su centro, cuarteadas desde el borde; con las tapas levantadas para mirar adentro y no encontrar ya nada. Sin embargo, aquella catedral invitaba a correr por ella y lanzarse desde la más alta cúpula sabiendo que nunca terminaría la caída, y escuchar el coro fantasmal y la tensión eléctrica diluida por el sonido de motores reactivos y hierros mal engrasados moviéndose sin objetivo, sólo por la necesidad del movimiento.

Era el último día de operaciones. El último cerco. Y ninguno de los cazadores quería morir ese día.

Las Villas, marzo de 1963
La Habana, octubre de 1967